



Centro Bíblico
Verbo Divino

ESTUDIO ORANTE DE SAN PABLO

El Apóstol de la solidaridad y de la paz

*Que nadie busque su propio interés,
sino el del prójimo .
(1Cor 10,24).*

*Mes de la
Biblia 14*

FOLLETO DEL ASESOR

Contenido

ESTUDIO ORANTE DE SAN PABLO EL APÓSTOL DE LA SOLIDARIDAD Y DE LA PAZ

Introducción	3
--------------	---

PRIMERA PARTE: Temas introductorios

Primer tema:	Fundamentos de la Solidaridad	5
Segundo tema:	La Solidaridad en la Doctrina de la Iglesia	12
Tercer tema:	Pablo, una vida solidaria	18
Cuarto tema:	Pablo, sus escritos y su pensamiento	26

SEGUNDA PARTE: Todos somos misioneros de Jesús

Tema 1:	Tratarnos como hermanos <i>Ya no será esclavo, sino hermano querido</i>	35
Tema 2:	La fe mueve montañas <i>Pablo, cristiano solidario, motivado por la fe</i>	41
Tema 3:	La Iglesia, centro de solidaridad <i>Pablo es solidario con los débiles</i>	47
Tema 4:	El trabajo solidario <i>Pablo, un apóstol trabajador</i>	54
Tema 5:	El mundo es nuestro hogar <i>El hombre debe cultivar y cuidar el jardín</i>	60
Tema 6:	Eucaristía, celebración de la solidaridad <i>“Este es mi cuerpo entregado por ustedes, hagan esto en memoria mía”</i>	66



ESTUDIO ORANTE DE SAN PABLO

El Apóstol de la solidaridad y de la paz

*Que nadie busque su propio interés,
sino el del prójimo.
(1Cor 10,24).*

*Mes de la
Biblia 14*

FOLLETO DEL ASESOR

Introducción

El Mes de la Biblia

Hay dos eventos que marcan el “Mes de la Biblia”:

1. Las **Iglesias Evangélicas** recuerdan el 26 de septiembre de 1569, en Suiza, que se imprimieron 260 ejemplares de la “Biblia del Oso” (¡en su portada hay un oso bebiendo miel!). La edición fue hecha por Casiodoro de Reina, y revisada por Cipriano de Valera: De allí su nombre “Reina-Valera”.
2. La **Iglesia Católica** el 30 de septiembre recuerda a San Jerónimo, que tradujo la Biblia del griego y hebreo al latín; es la llamada “Biblia Vulgata”, o Biblia popular.

Celebrar el “Mes de la Biblia” o una Semana Bíblica busca encontrarnos con la Palabra de Dios; queremos que ella penetre en nuestra vida, sea luz y esperanza; que nos abra al diálogo y a la predicación ecuménica.

El Centro Bíblico Verbo Divino ofrece el FOLLETO DEL ASESOR No. 14 con el tema: “Estudio Orante de San Pablo. El Apóstol de la solidaridad y de la paz”.

Primera Parte

Temas Introdutorios

Cuatro temas introductorios:

- Tema 1:
Fundamentos de la Solidaridad para construir la paz.
- Tema 2:
La Solidaridad en la Doctrina Social de la Iglesia.
- Tema 3:
Pablo, una vida solidaria y de paz.
- Tema 4:
Sus escritos y pensamientos.



Segunda Parte

Seis temas sobre Solidaridad y Paz en la vida de Pablo:

Tema 1:
Tratarnos como hermanos
(*La carta a Filemón*)



Tema 2:
La fe mueve montañas
(*2Corintios 11,16-33*)

Tema 3:
La Iglesia, centro de solidaridad
(*1Corintios 1,26-31*)



Tema 4:
El trabajo solidario
(*1Tesalonisenses 2,9-10*)

Tema 5:
El mundo es nuestro hogar
(*1Corintios 12,12-26*)



Tema 6:
Eucaristía, celebración de la solidaridad
(*1Corintios 11,17-34*)

Tenemos la esperanza de que este material sirva para animar el camino de nuestras comunidades cristianas; ojalá podamos cambiar el llanto y la desesperación en solidaridad y paz. Esperamos que este material sea de nuestro provecho, como creyentes y como comunidades. Que resuene en nuestro corazón la invitación que nos hace el apóstol Pablo: “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe” (2Tim 4,7).

Centro Bíblico Verbo Divino

Primera Parte

Temas Introdutorios

TEMA 1:
Fundamentos de la Solidaridad
para construir la paz.



TEMA 2:
La Solidaridad en la
Doctrina Social de la Iglesia.



San Pablo, el apóstol
de la solidaridad
y de la paz.



TEMA 3:
Pablo, una vida solidaria
y de paz.



TEMA 4:
Sus escritos y pensamientos.

LOS FUNDAMENTOS DE LA SOLIDARIDAD

Cuando hablamos de la solidaridad, siempre es más fácil hacerlo relacionándola con símbolos e imágenes. Por ejemplo: unas manos unidas, un grupo haciendo trabajo comunitario, unas personas abrazándose, etc. También se puede expresar la solidaridad por medio de frases alusivas: “la solidaridad es la ternura de los pueblos”, “la solidaridad es fruto de la paz”, “la solidaridad es la expresión sólida de la caridad”. Incluso pueden venir a nuestras memorias rostros de personas solidarias como la madre Teresa de Calcuta o Monseñor Leonidas Proaño. De él recordamos sus sentidos versos:

*Mantener siempre atentos los oídos al grito del dolor de los demás
y escuchar su llamada de socorro, es solidaridad.*

*Mantener la mirada siempre, alerta y los ojos tendidos sobre el mar,
en busca de algún naufrago en peligro, es solidaridad.*

*Sentir como algo propio el sufrimiento del hermano de aquí y del de allá,
hacer propia la angustia de los pobres, es solidaridad.*

*Llegar a ser la voz de los humildes, descubrir la injusticia y la maldad,
denunciar al injusto y al malvado, es solidaridad.*

*Convertirse uno mismo en mensajero del abrazo sincero y fraternal
que unos pueblos envían a otros pueblos, es solidaridad.*

*Compartir los peligros en la lucha por vivir en justicia y libertad,
arriesgando en amor hasta la vida es solidaridad.*

*Entregar por amor hasta la vida es la prueba mayor de la amistad
es vivir y morir por Jesucristo, es solidaridad.*

¿Qué otros símbolos, imágenes y rostros de la solidaridad
se me vienen a la mente?

1. La indignación ética, fundamento de la solidaridad

Para las ciencias sociales, la solidaridad es parte fundamental de la sociedad. El ser humano es social y comunitario por naturaleza. Para la Doctrina Social de la Iglesia, la solidaridad, “a la luz de la fe tiende a superarse a sí misma, a revestir las dimensiones específicamente cristianas de la gratuidad total, del perdón y de la reconciliación” (*Sollicitudo Res Socialis*, No. 39-40).

La exigencia ética de la solidaridad requiere que todos, hombres, grupos, comunidades, naciones y continentes, participen en la gestión de las actividades de

la vida económica, política y cultural, superando la concepción puramente individualista (*Gaudium et spes* No. 30-32). La solidaridad es la actitud de corresponsabilidad entre los miembros de un grupo humano en función del bien común.

Pero ni la sociedad, ni el bien común agotan la solidaridad, porque su fuente está en las actitudes vitales, en la exigencia ética que nos impulsa a practicar la compasión por los demás. Es decir, no es tanto una imposición legal, sino misericordia, sentir al otro con el corazón, ponerse en su situación. La solidaridad es una actitud y es una práctica que encuentran su origen en el amor y en la libertad.

Los seres humanos, por el consumismo y la tecnocracia, tristemente solemos adormecer el amor, la caridad, la solidaridad. Es difícil optar por vivir para los demás. ¿Cómo podemos despertar de nuevo este sentimiento tan humano y humanizador? Podemos distinguir tres momentos necesarios para el despertar solidario.

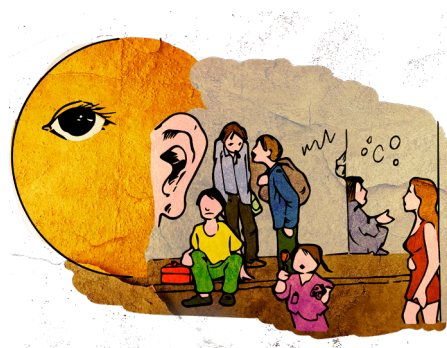
a. El encuentro con el dolor humano

La solidaridad no surge de unos análisis macro y microeconómico o social. No se trata de comprender y de discutir desde cierta filosofía o ideología, ni de conocer y promulgar los acuerdos internacionales sobre la pobreza, el maltrato, la intolerancia...

La solidaridad nace en el seno del mundo afectivo, a través del encuentro con dolores humanos concretos: el rostro de niños en situación de calle, sin hogar ni escuela; en el rostro de tantos jóvenes que buscan un sentido a la vida y no encuentran otra alternativa que la violencia y el consumo; en los rostros de padres y madres de familia que no tienen un trabajo digno y que malamente subsisten; en los rostros de ancianos abandonados por sus familias y por la sociedad; en los rostros de migrantes atacados con odio por su condición .



b. La reacción emocional



Este encuentro con las realidades humanas no puede quedarse en meros datos estadísticos, ni en reflexiones abstractas. Los variados rostros del sufrimiento deben afectar nuestra sensibilidad, deben tocar nuestra sensibilidad, hasta provocar reacciones de rechazo, de indignación, de compromiso. ¡Esto no puede seguir así! ¡Esto es muy inhumano! Debemos forzarnos a reaccionar, a dar el salto de la vista fría e insensible frente a los números, a la mirada

humana que acoge a la víctima como hermano. Se trata de una nueva comprensión de la vida. A esta reacción se la conoce como *indignación ética*.

c. El compromiso con los otros

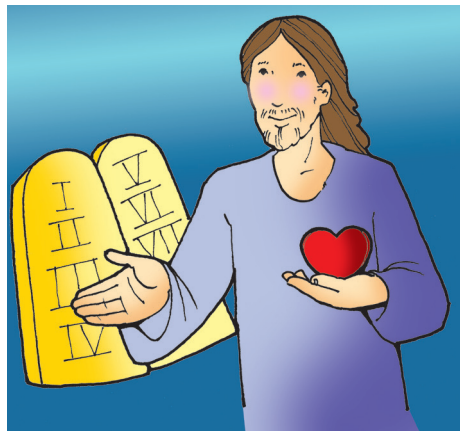
El fruto maduro de la indignación ética es la militancia en favor de las causas que trabajan por la dignidad humana. Son múltiples los espacios sociales donde podemos militar para trabajar por el bien común: nuestras familias, barrios, iglesias, partidos políticos, vida religiosa, etc. Desde una práctica testimonial y coherente podemos ir construyendo nuevos estilos de vida, nuevas formas de relacionarnos con los otros, mostrando actitudes de justicia y dignidad, personal y colectivamente.



2. El fundamento cristiano de la solidaridad

a. La tradición bíblica del AT

Una de las características fundamentales de la fe de Israel es su experiencia con el Dios de la vida, un Dios que se revela en múltiples actos de solidaridad y liberación de su pueblo esclavo en Egipto y Babilonia. El pueblo experimenta que Dios desea llevarlo a otras tierras, donde puedan vivir con un nuevo modelo comunitario, donde todo se comparte y todos se preocupan mutuamente del bienestar del pueblo.



“El Señor siguió diciendo: ¡He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído el clamor que le arrancan sus opresores y he palpado sus angustias! Voy a bajar para liberarlo del poder de los egipcios. Lo sacaré de este país y lo llevaré a una tierra nueva y espaciosa, a una tierra que mana leche y miel... por eso (Moisés) Ve pues, yo te envío al faraón para que saques de Egipto a mi pueblo” (Ex 3,7-10).

Nuestra seguridad hoy es que las luchas en las que buscamos cambiar o mejorar la calidad de vida humana, especialmente la de los más pobres, son las que Dios realmente quiere. Dios es el Dios de la Vida. “El Señor te protege de todo mal, protege tu vida. El Señor te cuida en el hogar y en el camino, desde ahora y para siempre” (Sal 121,7-8).

b. La convicción de los profetas

Cuando en el pueblo de Israel apareció, la monarquía, los reyes impusieron un régimen tributario, que implicaban fuertes impuestos que afectaban, de manera

especial, a los campesinos. Para asegurar el pago de éstos, los reyes buscaban el apoyo de los sacerdotes y el templo. Entonces surgieron las voces de protesta de muchos profetas: Isaías, Amós, Oseas, Jeremías y tantos otros profetas que recordaban a los poderosos que Yahvé era el Dios de la justicia y el derecho. “Alejen de mis ojos sus malas acciones, dejen de hacer el mal, y aprendan a hacer el bien. Busquen la justicia, den sus derechos al oprimido, hagan justicia al huérfano y defiendan a la viuda” (Is 1,16-17).

En términos parecidos se pronunciaba Amós: “Ay de ustedes, que transforman las leyes en algo tan amargo como el ajeno y tiran por el suelo la justicia. Ustedes odian al que defiende lo justo en el tribunal y aborrecen al que dice la verdad... Yo sé que son muchos sus crímenes y enormes sus pecados, opresores de la gente buena, que exigen dinero anticipado y hacen perder su juicio al pobre en los tribunales” (Am 5,10-12).

c. *La palabra y la práctica de Jesús*

La vida de Jesús debe ser leída en clave de solidaridad, porque de esa manera se nos descubre a un Jesús que vive apasionado de la misericordia divina y trabajando todos los días por recuperar la dignidad humana. Sin duda, Jesús es solidario



con todos los que se le acercan, de manera muy especial, con los excluidos de la sociedad y de la religión.

En tiempos de Jesús, había una larga lista de personas que no tenían derechos sociales y religiosos: los niños menores de 12 años, cuyos padres podían disponer de sus vidas, por ejemplo casar a la hija con quien ellos dispongan; los enfermos, que eran considerados pecadores y, por lo mismo, castigados por Dios; dependiendo de la gravedad de su enfermedad podían ser incluso excluidos de las murallas de la ciudad, por ejemplo, los leprosos; las personas consideradas impuras a causa de su oficio, como los carniceros, ya que se creía que ellos estaban en contacto con sangre, los curtidores y pastores porque estaban en contacto con animales y pellejos, y los cobradores de impuestos, porque manipulaban las monedas imperiales.

Frente a esta situación de exclusión, Jesús acoge a los niños y los pone como ejemplo de vida: “Dejen que los niños vengan a mí, no se los impidan, porque el Reino de Dios es para los que se parecen a ellos” (Mc 10,14-15). Jesús también mantuvo cercanía con los enfermos y extranjeros. A ellos sanó de sus enfermedades y les dio el espacio que merecían. “Bienaventurados los pobres en espíritu, pues de ellos es el reino de los cielos” (Mt 5,3).

Solidario con las mujeres. La sociedad judía era patriarcal. Era escandaloso el predominio de los varones sobre las mujeres. Ellas vivían esclavizadas a las leyes religiosas; durante su ciclo menstrual quedaban impuras (Lev 15,19-27). Por su

condición de mujeres no podían participar en las asambleas religiosas ni se las tenía en cuenta en las reuniones en las sinagogas, debiendo ocupar una habitación separada y algo alejada del lugar donde se reunían los varones para leer las Escrituras. En el campo legal, no podían testificar, ni ser herederas de los bienes familiares. Y, finalmente, en el ámbito social y familiar estaban restringidas a moverse sólo en el espacio interno de la casa.

Jesús, con su vida pública inaugura unas relaciones más igualitarias, lo que hoy llamaríamos “equidad de género”. A las mujeres las vuelve sus discípulas y hasta anunciadoras del Reino de Dios, como es el caso de la samaritana (Jn 4,5-34). Jesús se relaciona con mujeres con mucha naturalidad, por ejemplo, con las hermanas Marta y María y con María Magdalena. “Vino una mujer con un frasco de perfume costoso; rompiendo el frasco, lo derramó en la cabeza de Jesús. Algunos, indignados decían: Este perfume podía haberse vendido por 300 denarios, y dado el dinero a los pobres. Pero Jesús dijo: ¿Por qué la molestan? Buena obra hace conmigo. Porque pobres siempre tendrán entre ustedes, pero a mí no siempre me tendrán.... En verdad les digo: Dondequiera que el evangelio se predique en el mundo, se hablará de lo que ella ha hecho” (Mc 14,3-9).

Para reafirmar su apertura, a ellas las hace las primeras testigos de su resurrección: “Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, pensando que era el hortelano, le dijo: Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré. Jesús le dijo: ¡María! Volviéndose ella, le dijo: Raboni. Jesús le dijo: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre que es Padre de ustedes, a mi Dios, que es Dios de ustedes. Fue María Magdalena a dar a los discípulos las nuevas de que había visto al Señor...” (Jn 20,15-18).

Apasionado por la vida. La sociedad israelita, en varios sentidos, es parecida a la nuestra, por ejemplo, en la necesidad de crear dolor y muerte a los más pequeños. En su contexto, Jesús cultivó una vocación por la vida; en cada paso que daba combatía el hambre, la soledad, la injusticia, el miedo, la tristeza, la ignorancia y la muerte. Jesús vino para dar vida y vida en abundancia (Jn 10,10).

Solidario con otros pueblos y regiones. La sociedad judía alimentaba divisiones dentro del pueblo, pues consideraba que unos eran prójimos y otros no, por lo tanto, eran “enemigos” de Yahvé y del pueblo. Con ellos no había solidaridad, sino división: judíos y samaritanos, puros e impuros, israelitas y paganos. Ante esta división, Jesús se sintió libre y solidario con los excluidos: le dice al judío que su prójimo es el odiado samaritano (Lc 10,29-37) y acoge al extranjero, como el centurión romano (Lc 7,6-10). Para Jesús no hay razón para dividir entre puros e impuros. Es el interior del ser humano lo que marca la diferencia (Mt 23,23-24).



La persona sobre la institución. Jesús es profundamente humano. Un sábado, día dedicado a Dios, sus discípulos estaban con hambre y pasaron por un campo sembrado y se pusieron a arrancar espigas para comer. Eso provocó un escándalo entre los fariseos ¡No respetaban el día sábado! Jesús les responde: “El sábado ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el sábado” (Mc 2,27). La misma frase es hoy nuestra convicción: “La solidaridad está por encima de la ley”. En último término, el día del juicio final seremos juzgados por la solidaridad.

Mateo 25,31-40 nos recuerda que la puerta del Reino de los Cielos se abrirá si somos capaces de ser solidarios con los hambrientos, sedientos, migrantes, desnudos, enfermos y encarcelados. Y mientras más pequeños, más cuidado debemos tener de ellos.

¿Quiénes son los pequeños hoy?
¿Cómo puedo ser signo de solidaridad hoy?

3. La propuesta del apóstol Pablo

a. Una comunidad solidaria

Hechos 2,42-46 y 4,32-34 nos recuerda que las prácticas comunitarias de los



primeros creyentes se fundamentaban en la comunión de sentimientos y en la praxis de la solidaridad con todos los hermanos que tenían necesidades. Y eso era muy bien visto por la gente que desde afuera veía a la comunidad. “Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones. El temor se apoderaba de todos, pues los apóstoles realizaban muchos prodigios y señales. Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y bienes y re-

partían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno. Acudían al Templo todos los días con perseverancia y un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo. El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que habían de salvarse” (Hch 2,42-47).

b. La importancia de la caridad (1Cor 13)

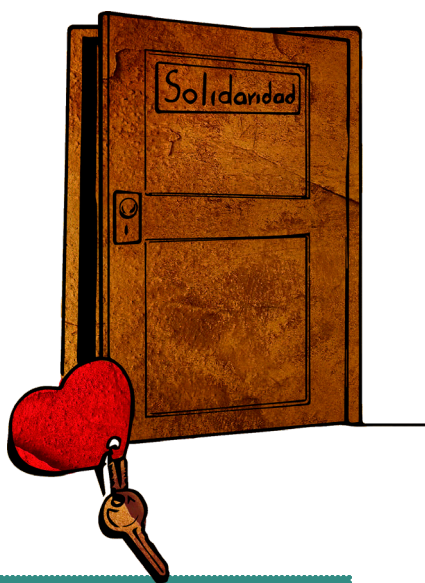
Pablo, al referirse a los problemas del egoísmo y la competencia entre hermanos que vivían la comunidad de Corinto, les transmite un hermoso himno sobre el mandamiento del amor. Allí les deja en claro que el fundamento de toda la espiritualidad cristiana es el amor mutuo. Si no tenemos amor, todo resulta inútil y vacío.

Podemos ser capaces de realizar grandes proyectos y de ocupar altas dignidades, pero si no somos capaces de vivir en el amor y de hacer todo inspirado por el amor, nada vale todo lo que somos y hacemos. “El amor es paciente, servicial, no es envidioso, ni jactancioso; no se engríe; es decoroso; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor no acaba nunca” (1Cor 13,4-8).

c. *La solidaridad es cuestión de actitud*

La solidaridad es fruto de una espiritualidad que nace de actitudes que deben cultivarse día a día. Entre ellas se destacan:

- ♦ *El respeto*: la solidaridad comienza con el reconocimiento de la dignidad del otro. Si somos capaces de reconocer la dignidad humana de los demás, seremos capaces de abrirnos a la solidaridad.
- ♦ *La empatía*: supone disposición para sentir con el otro, ponerse en su lugar, sobre todo del frágil. Sólo así somos realmente solidarios.
- ♦ *La compasión*: es un grado más alto de sintonía, que implica la actitud de “reír con el que ríe y llorar con el que llora” (Rom 12,15). Allí nace la compasión, capacidad de padecer con.
- ♦ *La responsabilidad*: como sujetos sociales nos vemos obligados a responder a la realidad del otro, y a eso lo llamamos compromiso.
- ♦ *La justicia*: cuando la persona no sólo se limita a comprometerse en acciones en beneficio de los otros, sino que exige y promueve que se reconozcan los derechos humanos básicos.
- ♦ *El amor*: Es el nivel más alto de solidaridad, porque supone gastar la vida por alguien a quien se ama. El amor nos hace iguales y supera la actitud paternalista que esconde actitudes poco liberadoras.



¿En qué ambientes siento que me urge vivir estas actitudes?

LA SOLIDARIDAD EN LA DOCTRINA DE LA IGLESIA

1. La Iglesia y la solidaridad

A lo largo de la historia, cuando las sociedades se fueron volviendo más complejas, la Iglesia a través de sus pastores y desde la fe de su pueblo se fue pronunciando frente a los problemas sociales. La Doctrina Social de la Iglesia (DSI) no es una teología, sino una aplicación personal y comunitaria de la responsabilidad social, movidos por la fe y en sintonía con la enseñanza de la Iglesia.

La DSI, aun sabiendo que la solidaridad es fruto de la fe y de la conversión a la persona de Jesucristo, prefiere hablar de ella desde su dimensión social. En ese sentido la Iglesia ofrece una definición sencilla de la solidaridad: “Caridad social que se orienta a ayudar a las personas necesitadas”.

Y es, precisamente, este término, “caridad”, el que resume el pensamiento y la acción de la Iglesia. “El amor es la puerta estrecha por la que debemos pasar para entrar en el Reino de Dios. En el ocaso de la vida seremos juzgados por el amor, es decir, por la caridad. En el ocaso de la vida escucharemos de nuevo las palabras de Jesús: ‘En verdad les digo que cuanto hicieron a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicieron’” (Papa Francisco).

El mismo Papa Francisco, en una catequesis sobre “Curar el mundo” (2020) decía: “La pandemia puso de relieve nuestra interdependencia: estamos vinculados, unos con otros, en el bien y en el mal. Por eso, para salir mejores de esta crisis, debemos hacerlo juntos... Solos no, ¡porque no se puede! Juntos, en solidaridad, hoy más necesaria que nunca. De forma interconectada, experimentamos qué significa vivir en la “aldea global”. El mundo no es otra cosa que una aldea global, porque todo está interconectado. Pero hay un largo camino entre interdependencia y solidaridad.

La palabra ‘solidaridad’ está un poco desgastada y a veces se la interpreta mal, pero es mucho más que actos esporádicos de generosidad. Supone crear una nueva mentalidad que piense en términos de comunidad, de prioridad de la vida sobre la apropiación de los bienes por parte de algunos. No es sólo cuestión de ayudar a los otros, se trata de justicia. Construimos rascacielos y destruimos la comunidad. Unificamos lenguas, pero mortificamos la cultura. Queremos ser amos de la tierra, pero arruinamos el equilibrio ecológico... El “síndrome de Babel” es cuando no hay solidaridad: cuando se construía la torre, si un hombre caía y moría nadie decía nada, pero si caía un ladrillo, todos se lamentaban. ¡Y el culpable era castigado! ¡Un ladrillo era caro de hacer, preparar, cocer; se necesitaba tiempo y

trabajo! Lamentablemente hoy sucede algo parecido. Cae el mercado financiero y la noticia está en todas las agencias; mueren miles de personas de hambre y nadie habla de ello.

La solidaridad guiada por la fe permite traducir el amor de Dios en nuestra cultura, no construyendo muros que dividen, sino tejiendo comunidad y procesos de crecimiento humano. ¿Pienso en las necesidades de los otros?”

Dios espera de cada uno una colaboración proporcional a los talentos recibidos. Mayor será la responsabilidad de una persona, cuanto mayor sea su posibilidad, porque no son para un uso egoísta, sino para dar gloria a Dios en los necesitados. Así, la solidaridad no es un sentimiento vago, lastimero o de tristeza superficial por el mal de personas lejanas o cercanas. Al contrario, “la solidaridad nos ayuda a ver al otro, -persona, pueblo, nación-, como un semejante” (*Sollicitudo Rei Socialis* 38-39).

¿Qué acciones solidarias hago? ¿Están en la línea de lo que me pide la Iglesia?

2. La solidaridad como virtud

La solidaridad es un sentimiento y actitud ante los demás, que puede ser vivida como experiencia puramente humana. Pero para nosotros cristianos tiene un fundamento especial que abarca la compasión y la generosidad a todos, especialmente a las personas vulnerables, sin esperar nada a cambio, ni retribución, ni ganancia. Es un grado de altruismo desprendido que pone las necesidades ajenas por encima de las propias.



a. Solidaridad, una virtud humana

La encíclica *Pacen in Terris*, del Papa Juan XXIII, sostiene que la persona humana es un “ser sociable por naturaleza”, que para poder realizarse, necesita de los demás. La sociabilidad humana es un presupuesto necesario para la solidaridad y que de por sí, está presente en el ser humano (*Pacen in Terris* 31).

Desde esta perspectiva social, la solidaridad puede darse por semejanza o por diferencia. En la primera, es natural que nos asociemos por semejanza con otras personas, con las que, aun siendo distintas, nos identificamos mejor. Pero también, puede darse la solidaridad con personas que son diferentes, precisamente porque son diferentes, por tener y aportar aquello que a nosotros puede faltarnos. Y, precisamente, de ese mutuo intercambio nos podemos beneficiar.

La solidaridad por semejanza es espontánea, intuitiva y sentimental, y nos lleva a una forma de respaldo mutuo más cohesionado y fuerte. En cambio, la solidaridad con quienes son diferentes nos conduce a una sociedad más racional, menos intuitiva, más de carácter societario.

b. Solidaridad, una virtud cristiana

La solidaridad como virtud cristiana tiene su origen en Jesucristo y se inspira en las acciones y palabras actuadas por Él como parte de su misión de extender



el Reino de Dios. Los cristianos compartimos la misma “unidad de origen, naturaleza y destino” (*Pacem in Terris*, 121), que es el motor que origina la solidaridad entre cristianos y de los cristianos con el resto del mundo. Todos procedemos del mismo Padre Dios, que está y habita en todas sus creaturas, y de Jesucristo, que es nuestro camino, nuestra verdad y nuestra vida (Jn 14,6) y nos conduce al Padre, animados y guiados por el Espíritu Santo.

Desde este punto de vista, la solidaridad como virtud cristiana nos llama a cultivar dos actitudes funda-

mentales en la vida: por una parte, la búsqueda del bien común como objetivo central de todos los cristianos, siguiendo el ejemplo de Jesús y, por otra parte, la corresponsabilidad en la tarea de construir el bien común desde la perspectiva de fe en el Señor Jesucristo, ya que todos somos responsables de todos, como Él nos enseña. “El mensaje que recibí se los he entregado y ellos lo han recibido, y reconocen de verdad que yo he salido de ti y creen que tú me has enviado. No ruego por el mundo, sino por los que son tuyos y que tú me diste... Ya no estoy más en el mundo, pero ellos se quedan en el mundo, mientras yo vuelvo a ti. Padre Santo, guárdalos en tu Nombre, para que sean uno como nosotros. Cuando estaba con ellos, yo los cuidaba en tu Nombre, pues tú me los habías encomendado, y ninguno de ellos se perdió, excepto el que llevaba en sí la perdición, pues en esto había de cumplirse la Escritura. No te pido que los saques del mundo, sino que los defiendas del Maligno” (Jn 17,8-15).

La solidaridad es “dinámica, y reclama la participación activa y responsable de todos en el bien comunitario, a todo nivel” (*Christi fidellis laici*, 42).

Con tus propias palabras define:
¿Qué es la solidaridad cristiana?

3. La realidad individualista y competitiva

La actual urgencia de una actitud y compromiso solidario la entendemos en la medida en que vamos descubriendo los sufrimientos de la gente y nos dejemos



provocar por ellos, buscando caminos de solución a los males que nos aquejan.

Mucha gente en nuestra sociedad vive lo contrario a lo que debe ser la solidaridad humana: no sienten como propios los problemas y las carencias de la mayoría empobrecida del pueblo y les falta mostrar un genuino interés de unos por otros. Esto ha llevado a situaciones alarmantes de exclusión de muchas personas y pueblos pobres.

En nuestra realidad latinoamericana vivimos políticas económicas que promueven la reducción de responsabilidad de los Estados y sus gobiernos, eliminando su función esencial, la cual es velar por el bien común y proponer un camino de desarrollo social que combata el individualismo y la competencia desleal, frutos de la exacerbación de los bienes privados y particulares.

Ante esta realidad, la DSI nos recuerda que “el desarrollo integral de cada persona sólo es posible mediante el desarrollo solidario de toda la humanidad” y que, por lo tanto, “para superar la mentalidad individualista hoy tan difundida, se requiere de un compromiso concreto de solidaridad” (*Centésimus Annus*, 49), en el cual cada una de las personas deben poner aquello que poseen para solucionar los problemas que nos afectan a todos por igual. Sólo la solidaridad es capaz de vencer “los mecanismos perversos y las estructuras de pecado” (*Sollicitudo Rei Socialis*, 39).

4. Solidarios, construimos el Reino de Dios

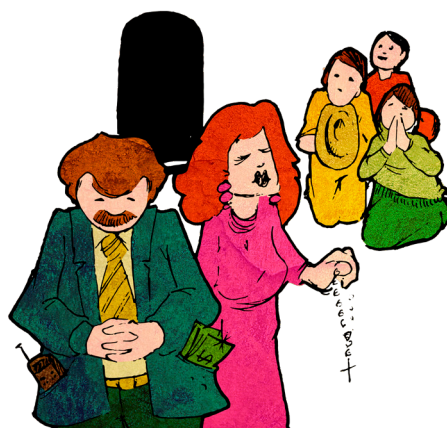
La solidaridad es uno de los caminos que nos permite construir la utopía del Reino de Dios en medio de nuestra dolorosa realidad. Es necesario impregnar y transformar con la solidaridad “los criterios de juicio, los valores determinantes, los centros de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad” (*Evangelii Nuntiandi*, 18), intentando llegar a todos los grupos, desde las personas, hasta la sociedad local, nacional e internacional, pues “la meta a la que hay que llegar es la solidaridad mundial” (*Populorum Progressio*, 65).

a. Solidaridad y obras

Dice el refrán popular: “Obras son amores y no buenas razones”. La fe de los cristianos se debe demostrar con la práctica de obras de justicia, misericordia,

servicio y solidaridad. Son las acciones concretas las que constituyen signos vivos de la fe en el Señor Jesucristo.

Las estructuras injustas en que vivimos atentan contra la vida de millones de personas, y eso nos exigen hoy una transformación de las formas como está organizada nuestra sociedad. Ahora bien, una “transformación de estructuras debe ser una expresión externa de la conversión interior” (Puebla 1221).



b. La solidaridad desde la opción por los pobres

La encíclica *Mater et Magistra* hace un fuerte llamado a todos los cristianos y a la comunidad internacional para “no permanecer indiferentes en la lucha contra el problema de la indigencia, la miseria y el hambre de quienes no gozan de los derechos elementales de la persona humana” (*Mater et Magistra* 50).

Los obispos del Ecuador hacen un llamado a construir una sociedad diferente, atendiendo primordialmente a las necesidades de los más pobres, a imitación

de Jesucristo. Debemos hacer nuestros los dolores de los más débiles, víctimas de la injusticia y del egoísmo. A la luz del Evangelio y de documentos como *Fratelli Tutti*, *Querida Amazonía*, *Laudato Sí*, entre otros, los obispos nos invitan a reflexionar las causas y consecuencias de las vulneraciones de los derechos humanos que sufren personas, familias, comunidades y pueblos en distintas provincias del país.



La solidaridad es una actitud válida, tanto en cuanto los miembros de un grupo o sociedad son capaces de reconocerse y valorarse como personas. También los pobres y excluidos deben unirse, no sólo para esperar que otros solucionen sus problemas, sino

que de ellos mismos, debe partir el deseo de reivindicar sus derechos, haciendo lo que a ellos les corresponde para buscar el bien de todos (*Sollicitudo Rei Socialis*, 39). “Los pobres, en la medida en que adquieren conciencia de su situación, no tienen otro camino que la solidaridad con los que más sufren” (*Camino Hacia el Reino de Dios*, 2406).

c. **Solidaridad y destino universal de los bienes**

Los bienes del mundo por naturaleza y voluntad del Creador son para utilidad y provecho de todos. De diferentes maneras la Iglesia ha condenado las desigualdades que se producen día a día, y que son un escándalo que llega al cielo, porque hace que haya “ricos cada vez más ricos, a costa de pobres cada vez más pobres” (*Puebla*, 30); “Los bienes han de aprovecharse, no sólo para sí mismos, sino también para los demás” (*Gaudium et spes*, 69); “los bienes deben ser fuente de libertad para todos, jamás de dominación ni privilegios” (*Puebla*, 492).

En una sociedad como la nuestra donde la riqueza o los bienes que se producen son tan mal distribuidos, estamos urgidos a desarrollar el valor de la solidaridad. No es una opción arbitraria, sino un valor que está al centro de la naturaleza de los hijos e hijas de Dios y, por lo tanto, es una corresponsabilidad de todos velar por el desarrollo integral de los miembros de la sociedad, sin excepciones. Es necesario, pues, proponer y trabajar por la creación de estructuras que permitan establecer relaciones más fraternas, más solidarias entre las personas, que permitan compartir los bienes dados por el Padre. “Que nadie se sienta tranquilo mientras haya en el Ecuador un niño sin escuela, una familia sin vivienda, un obrero sin trabajo, un enfermo o anciano sin atención” (Juan Pablo II, homilía en Guayaquil).



5. **Camino para vivir la solidaridad hoy**

En una sociedad en donde cada vez nos sentimos menos afectados por el sufrimiento de los más débiles, en donde no nos sentimos tocados por el hambre, la miseria y el empobrecimiento de muchos hermanos, donde el individualismo y el egoísmo dan dura lucha a la comunidad y al bien común, es vital plantearnos la necesidad de educar a las nuevas generaciones en la reivindicación de la solidaridad. El volver a la solidaridad debe hacerse desde la experiencia de la vida diaria, comenzando en aquellas situaciones cercanas a cada uno: la familia, el trabajo, el grupo, el barrio, sin olvidarnos de aquellos espacios que pueden incidir directamente en el cambio de la estructura de nuestro país.

A través de la experiencia solidaria y contra la cultura de muerte que se ha globalizado, hoy debemos globalizar la vida, la esperanza, la posibilidad de construir una sociedad más humana, más justa e igualitaria, donde seamos capaces de acudir al llamado de “una acción concreta a favor del desarrollo integral del hombre y del desarrollo solidario de toda la humanidad” (*Populorum Progressio*, 5).

**¿Cómo debo enfrentar los retos actuales
con solidaridad cristiana?**

PABLO, UNA VIDA SOLIDARIA

Acercarse a la vida de Pablo es una buena clave para entender el tema de la solidaridad, tal como Jesucristo la vivió y anunció. Es decir, conocer la vida de Pablo, escucharlo cómo vivía el Evangelio, ver su estilo de trabajo con las comunidades nos puede ayudar a descubrir el alcance de la solidaridad cristiana en nuestras vidas.

La cruz de Jesucristo marcó toda la vida de Pablo. Él se alegraba cuando tenía que sufrir por sus hermanos, pues decía que, “así completo en mi carne, lo que falta a los sufrimientos de Cristo, para bien de su cuerpo, que es la Iglesia” (Col 1,24).

Así, pues, en este tercer tema vamos a estudiar la vida del apóstol Pablo, dividiéndola en cuatro períodos: 1. Un judío practicante (hasta los 28 años); 2. Convertido fervoroso (28 a 41 años); 3. Misionero itinerante (41 a 53 años); 4. Prisionero y organizador de comunidades (53 años hasta su muerte).

1. El judío practicante (hasta los 28 años)

Pablo nació en el seno de una familia judía que vivía en la diáspora, es decir era parte de los judíos que se habían disperso por el mundo. Pese a ello, Pablo fue educado según la Ley y las tradiciones judías. La mayor preocupación de



los judíos de la diáspora era observar la Ley de Dios; por eso luchaban contra las leyes romanas que les impedían el cumplimiento de sus tradiciones y los obligaba a dar culto al emperador, trabajar en sábado, prestar servicio militar. Por esta razón, ellos procuraban mantenerse “separados” del resto de los pueblos (Es 9,1-2; 10,11), lo que, comúnmente les significaba rechazo y persecución (Hch 18,2).

Los ambientes judío y romano marcaron la vida de Pablo, tanto que él tenía dos nombres, uno para cada ambiente: el judío Saulo (Hch 7,58) y el latín Pablo (Hch 13,9). En sus cartas él prefería firmar como Pablo, pues se sentía orgulloso por su ciudadanía romana (Hch 21,39). Sin embargo, cuando Dios lo llama lo hace por su nombre judío, Saulo (Hch 9,4).

Pablo tuvo una buena formación académica, y fue miembro activo de su comunidad judía de referencia. Probablemente, su padre lo preparó para hacerse cargo del negocio de fabricación de tiendas de campaña y otros artículos de cuero que tenía la familia. Si se hubiera dedicado a ello habría tenido un futuro brillante.

Su ideal era seguir la tradición religiosa de sus padres, y poner el acento en la observancia de la Ley (Hch 22,3). Esa debió ser la motivación que lo llevó a perseguir a los cristianos (Hch 26,9-11). El problema de la rígida observancia de la Ley es que no dejaba espacio para la vivencia de la misericordia de Dios (Mt 9,13). La relación que la mayoría judía tenía con Dios era de tipo comercial: satisfacer a Dios para que Dios me bendiga con abundancia; observar la Ley para exigirle a Dios que me recompense. Ese era el pensar de los fariseos, y Pablo era parte de ellos.

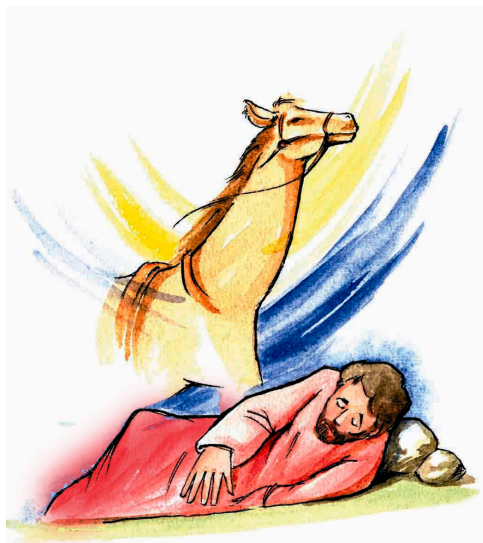
Cuando se dio la lapidación de Esteban, Pablo estuvo presente, pero no participó activamente; quizá hasta se conmovió ante el testimonio del Esteban. Es probable que Esteban y Pablo se conocieran. La conversión de Esteban debió cuestionarlo, sobre todo en el momento en que Esteban, antes de morir, vio la gloria de Dios, es decir, alcanzó la santidad y la justicia por un camino diverso al de la Ley, la que tanto se esforzaba por cumplir Pablo. Esto debió cuestionarlo mucho, quizá aquí comenzó su conversión.

¿He llegado a cuestionar mis tradiciones religiosas?
¿Por qué?

2. El convertido fervoroso (28 a 41 años)

A los 28 años Pablo tenía ya mucho poder y prestigio entre la comunidad judía. Tanto, que él dirigía la persecución en contra de los primeros cristianos. Camino a Damasco (Hch 9,1-2) se le apareció una luz que hizo caer a Pablo, mientras oía una voz: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” (Hch 9,4). Es interesante, mientras Pablo perseguía a los cristianos, Jesús le pregunta: “¿Por qué me persigues?”; con ello, el Señor se identifica con la comunidad perseguida y desaprueba al perseguidor Pablo. De ahora en adelante, la vida de Pablo se dividirá en la etapa que tuvo “antes” de conocer a Cristo y la experiencia que tuvo “después” de su encuentro.

Dios no le pidió permiso a Pablo, sino que entró en él y lo derribó de sus seguridades (Hch 9,4). Una luz envolvió a Pablo y lo dejó ciego por tres días. Esta imagen nos recuerda los tres días que Jesús estuvo muerto, antes de resucitar. Son tres días de oscuridad



que anteceden a la luz de comprensión. Pablo pasa de ser el líder del grupo, a convertirse en un conducido por sus compañeros. Así, su nacimiento a Cristo fue de forma forzada. Por eso Pablo dice: “Jesús se me apareció a mí, que soy un aborto” (1Cor 15,8). Pablo fue “alcanzado por Cristo” (Fil 3,12), es decir fue “derribado y atrapado”.

Pablo dirá más adelante que Jesucristo “me amó y se entregó por mí” (Gal 2,20). Es decir, él descubre que Jesucristo es como el siervo de Yahvé, que se entregó a sí mismo por amor, para restablecer la justicia y la libertad.

En la misma línea de lo que decía el apóstol Pedro: “han sido liberados, no con un rescate material de oro ni de plata... sino que han sido rescatados por la sangre preciosa del Cordero” (1Pe 1,18-19), Pablo terminará declarando: “Completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo” (Col 1,24). Al igual que Jesús, Pablo entrega su vida por sus hermanos y hermanas; soporta las luchas y persecuciones, los viajes y cansancios (2Cor 11,23-27); Pablo sufre con los que sufren (2Cor 11,29). El sufrimiento de Pablo se ilumina a partir del “Amor mayor”.

Dicho de otra forma, su entrega no dependía de la coyuntura de ese momento, sino de su profundo amor al Señor, algo que él mantenía, aun cuando las situaciones cambiaban. Su lucha tenía una dimensión más profunda que las exigencias coyunturales. “Cuando me siento débil, entonces soy fuerte” (2Cor 12,10). Pablo experimentó en su vida lo que Jesús había dicho: “sin mí no pueden hacer nada” (Jn 15,5).

A pesar de sus limitaciones, Pablo sentía dentro de sí “una poderosa energía” (Col 1,29) que le ayudaba en sus luchas diarias. Por eso insistía a las comunidades que tomen conciencia “de ese poder que actuaba en ellos, a través de la fe” (Ef 1,17-20). Sólo así tendrían fuerzas suficientes para llegar hasta el fin en la lucha contra los poderes de la muerte que quieren matar la vida. “Nada nos podrá separar del amor de Dios” (Rom 8,35). La seguridad de Pablo será la fuente de su resistencia: “Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?” (Rom 8,31). Pablo es libre y libremente se hace esclavo de todos (1Cor 9,19).

En la carta a los Gálatas, Pablo dice que: “por Jesús, el mundo ha sido sacrificado para mí” (Gal 6,14). Para Pablo, “mundo” era la organización social que se creaba en función de los intereses de unos pocos, y no de la vida de todos. Ese mundo es el que condena a muerte a Jesús y rechaza, sin miramientos, el proyecto del Reino de Dios. Pablo, fiel a Jesús, rompe con el “mundo”. Por eso, muchos griegos, judíos y romanos lo consideran “loco y escandaloso”. Pero Pablo no retrocede y confiesa con convicción que su única tarea es predicar a un Jesús crucificado (2Cor 2,2).

“Estén siempre alegres, oren sin cesar” (1Tes 5,16-17). A través de la oración constante, Pablo vive en contacto con el Resucitado. Su estrecha relación con Jesucristo es la fuente de su alegría: “Alégrense en el Señor en todo tiempo. Les repito: alégrense y den a todos muestras de un espíritu muy comprensivo” (Fil 4,4-5). Esa alegría es la fuente de la fe, la esperanza y el amor, aunque esta última es la mayor de los tres (1Cor 13,13).

Pablo diría que uno puede ser un gran comunicador de la Buena Nueva, hacer grandes denuncias, estudiar para ser un gran teólogo, poseer la exacta doc-

trina, llegar a estar preso y torturado..., pero si no tiene amor nada será. Aun todas las cosas importantes en la vida de una persona y de una comunidad no logran definir exactamente el amor, ni lo agotan, porque el amor es Dios mismo y demanda dar en gran medida, hasta la vida misma. Pablo, con su canto al amor de 1 Corintios 13 nos ofrece una clave para que cada uno revise si en su vida existe o no ese amor demostrado por el Señor Jesús.

**¿Cómo es mi experiencia-encuentro con Dios?
¿Qué me pide?**

3. Pablo, misionero itinerante (41 a 53 años)

Este tercer periodo de la vida de Pablo está marcado por sus cuatro viajes, tres en calidad de misionero y un cuarto ya prisionero. Los tres primeros viajes misioneros los realizó a lo largo de trece años, visitando diversas ciudades del Imperio romano, llevando el Evangelio de Jesucristo, desde el mundo rural palestino, hasta el mundo urbano imperial. En esos viajes, Pablo siempre estuvo acompañado de hermanos cristianos: Bernabé y Juan Marcos (Hch 13,3-5), Silas (Hch 15,36-40), Timoteo (Hch 15,1-3), Lucas, Priscila y Aquila (Hch 18,18) y muchos otros compañeros (Hch 19,22; 20,4-5).

Algunas de sus compañeras y compañeros de misión aparecen como amigos íntimos y solidarios en las crisis y dificultades de Pablo, por ejemplo: Bernabé (Hch 9,27; 11,25-26), Lidia, coordinadora de la comunidad de Filipos (Hch 16,14-15), el matrimonio de Priscila y Aquila (Hch 18,2-18), la diaconisa Febe (Rom 16,1-2), Timoteo, originario de Listra, donde Pablo fue apedreado y socorrido por la comunidad (Hch 14,19-20); a Timoteo, Pablo lo quería como a un hijo (Fil 2,19-22), y juntos viven el Evangelio y el servicio a las comunidades.

Uno de los mayores problemas durante los viajes misioneros era el sustento diario. Pablo, cuando llegaba a un lugar, buscaba pronto algún taller para trabajar y ganar dinero para sus gastos. Para Pablo, “¡quién no trabaja que no coma!” (2Tes 3,10); “trabajé con mis propias manos para conseguir lo necesario para mí y mis compañeros” (Hch 20,34).

A pesar de todos los viajes misioneros, Pablo no abandonó su responsabilidad como animador de las comunidades que había fundado entre los pueblos paganos. Con cada una de sus comunidades supo mantener el contacto, conocer sus



avances, sus preocupaciones y sus tensiones: “pesa sobre mí la preocupación por todas las iglesias. ¿Quién vacila que yo no vacile con él? ¿Quién tropieza sin que un fuego me devore?” (2Cor 11,28-29).

¿Cómo vivo mi compromiso misionero en mi familia y grupo?

4. Prisionero y organizador de comunidades

Al final del tercer viaje, Pablo se reunió con Santiago y los hermanos de la comunidad de Jerusalén, para contarles lo que Dios había realizado por su intermedio, entre los pueblos paganos. Ellos, por su parte, le comunicaron a Pablo que muchos judíos habían abrazado la fe en Judea, pero que aún seguían la Ley de Moisés. En ese contexto, le hacen saber que había rumores de que Pablo animaba a los judíos a apartarse de la Ley de Moisés y dejen de circuncidar a sus hijos y vivir las tradiciones judías. Pablo siente que tendrá que afrontar una tensión con los judíos celosos de la Ley. En efecto, a los siete días de haber llegado, los judíos descubren a Pablo en el templo y lo quieren matar, igual que lo habían hecho con Esteban, 25 años atrás. Pablo permanece dos años en la cárcel de Cesarea y luego es trasladado hasta Roma, donde permanece encarcelado dos años más. No sabemos cómo fue el final de la vida de Pablo, excepto por una tradición que dice que murió decapitado, por orden de Nerón.

A lo largo de su vida como cristiano, Pablo fue aprendiendo que la elección de un pueblo, por parte de Dios, no era un privilegio de la cual había que vanagloriarse, sino que era una elección para servir a la humanidad (Rom 9,1-5). Por otro lado, en su relación en los pueblos paganos, Pablo descubrió que “Dios nos escogió, antes de crear el mundo, para que fuésemos santos... en el amor” (Ef 1,4).

Dios creó todo en Cristo, por Cristo y para Cristo. Esa es la Buena Noticia que Pablo quiere anunciar a todos los pueblos: En Jesucristo, por medio del Evangelio, los paganos son llamados a participar de la misma promesa: “El designio



secreto es este: que por el evangelio Dios llama a todas las naciones a participar, en Cristo Jesús, de la misma herencia, del mismo cuerpo y de la misma promesa que el pueblo de Israel” (Ef 3,6s).

Pablo, con su testimonio, nos señala dónde se encuentra la luz y la fuerza necesarias para salir adelante en el trabajo pastoral con las comunidades. “Nos vienen pruebas de toda clase, pero no nos desanimamos. Andamos con graves preocupaciones, pero no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no aplastados. Por todas partes llevamos en nuestra persona la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nosotros” (2Cor 4,8-14).

Pablo siempre tuvo una convicción: “¡Sé en quien puse mi confianza!” (2Tim 1,12). Ciertamente, a veces esa seguridad se oscurecía, “pues caminamos por la fe sin ver todavía” (2Cor 5,7). Pero, apoyado en su experiencia de Damasco, tuvo el coraje de enfrentar sus sufrimientos, cárceles y hasta la muerte, sabiendo que Jesucristo ya había vencido a la muerte. “Estoy seguro de que ni la muerte ni la vida... podrán apartarnos del amor de Dios, que encontramos en Cristo Jesús” (Rom 8,38.39).

Pablo supo ser fiel a Jesucristo y corresponder a su gracia. Su vida fue un tiempo permanente de oración y de acción de gracias. A pesar de su conversión, Pablo no dejó de tener límites y fallas, las que nunca negó: “Cuando me siento débil, entonces soy fuerte” (2Cor 12,10); “por la gracia de Dios soy lo que soy, y su bondad conmigo no fue inútil” (1Cor 15,10); “Cristo es mi vida, y de la misma muerte saco provecho. Pero, si la vida en este cuerpo me permite aún un trabajo provechoso, ya no sé qué escoger. Estoy apretado por los dos lados. Por una parte, siento gran deseo de partir y estar con Cristo, lo que sería, sin duda, mucho mejor. Pero a ustedes les es más provechoso que yo permanezca en esta vida” (Fil 1,21-24).

¿Qué problemas he encontrado en mi vida como servidor del Evangelio?

5. El Evangelio y el trabajo

La conversión a Cristo puso a Pablo en una situación nueva e imprevista: perdió a todas sus amistades judías, que ahora lo odiaban y hasta querían matarlo (Hch 9,23). A partir de su conversión, su vida se volvió errante, sin domicilio, sin un taller propio, sin familia de sangre. Todo esto lo obligó a buscar nuevas maneras para sobrevivir, identificándose con los trabajadores y con los esclavos.



a. *El Evangelio en la vida del pueblo*

En el tiempo que vivió Pablo, la gran mayoría de la gente eran esclavos y pobres que pasaban muchas necesidades y eran despreciados, debido a que el trabajo manual era visto con desprecio. Un esclavo difícilmente podía llegar a ser un ciudadano libre, y ni soñaba con la posibilidad de tener una vida tranquila, de estudio y meditación. Estaba destinado a trabajar con sus propias manos.

Pablo rehúso las posibilidades que le ofrecía su estilo de vida como misionero itinerante, que debía ser mantenido por la gente a la que servía; también rechazó el estilo de vida de los ricos, usufructuando de la empresa de su familia. Pablo optó por aquello que la sociedad consideraba indigno de un ciudadano libre y respetable: trabajar con sus propias manos. Así, su deseo era anunciar el Evangelio gratuitamente (1Cor 9,18), sin ser un peso para las comunidades (1Tes 2,9). Al mismo tiempo, con ello buscaba denunciar la ideología dominante y llevar el Evangelio a los más pobres de la sociedad.

Pablo se humilló entre los humillados, así lo escribe con un poco de ironía a los Corintios: “Mi pecado, ¿no sería de haberme rebajado para que ustedes se elevarán, o de entregarles el mensaje del Evangelio sin cobrarles nada?” (2Cor 11,7); “Siendo libre, me hice esclavo de todos” (1Cor 9,19).

b. *La propuesta de Pablo para los pobres y trabajadores*

“Tengan empeño en vivir sin perturbar a otros, ocuparse cada uno de sus propios asuntos, y trabajar con sus propias manos como se lo hemos mandado. Al observar estas reglas, ustedes serán estimados por los de fuera, y no dependerán de nadie” (1Tes 4,11-12). Este es uno de los primeros textos que Pablo redactó, seguramente, mientras trabajaba en el taller de Aquila (Hch 18,3). Veamos su nueva propuesta:

- ♦ *Ocuparse cada uno de sus propios asuntos.* El pueblo vivía mirando el ideal de vida de los ricos, estilo que estaba fuera de su alcance. Pablo los invita a apartar sus ojos de ese sueño irreal y mirarse a sí mismo, a ocuparse de sus asuntos.
- ♦ *Trabajar con sus propias manos.* El trabajo manual era contrario al sueño de los privilegiados, y el pueblo, influido por la propaganda, aspiraba a dejar de trabajar manualmente. Pablo les propone como ideal trabajar con sus manos, pues en lugar de ser señal de esclavitud y motivo de vergüenza, es fuente de vida honrada.



- ♦ *No dependen de nadie.* Pablo trabaja día y noche para no depender de los demás (1Tes 2,9); era un trabajo cansado (1Cor 4,12), con horas extras (2Cor 6,5). ¡Y aun así pasaba necesidad! (2Cor 11,9), pues no le alcanzaba para comprar comida, ropa o medicinas (2Cor 11,27). Pablo vivía como indigente (2Cor 6,10). Sólo una vez aceptó una ayuda de la comunidad de Filipo, para él mismo (Fil 4,15), porque solía pedir ayuda, pero para los pobres de Jerusalén (1Cor 16,1-4).

c. *Un ejemplo a imitar*

El testimonio de Pablo, trabajador que anuncia el Evangelio, es la clave de lectura más importante que tenemos para entender sus cartas. “Ustedes saben en qué forma tienen que imitarnos: nosotros trabajamos mientras estuvimos entre ustedes. No pedimos a nadie un pan que no hemos ganado, sino que, de noche y de día trabajamos duramente hasta cansarnos para no ser carga a ninguno de ustedes. Teníamos, por supuesto, el derecho de actuar en otra forma, pero quisimos darles ejemplo. Además, cuando estuvimos con ustedes, les dimos esta regla: Si alguien no trabaja, que no coma” (2Tes 3,7-10).



Había otros misioneros que estaban de acuerdo con la ideología dominante, y atacaban a Pablo por trabajar con sus manos (1Cor 9,11-18). Pero Pablo, a través del trabajo como medio de vida, mostraba cómo el Evangelio debía ser encarnado entre los pobres y esclavos.

Hoy nos gustaría encontrar en Pablo una actitud más crítica frente al Imperio. Pero Pablo no tenía la percepción que hoy tenemos sobre los conflictos sociales. Pero, con su nueva manera de encarar el trabajo y con la solidaridad que mostraba con los esclavos de todo el Imperio, nos revela una sensibilidad humana y social muy grande. Si Pablo viviese hoy, ciertamente, no se conformaría con desempeñar una función burocrática en una institución, sino que se pondría en medio de los conflictos sociales, luchando contra los males provocados por las ideologías dominantes, esforzándose por construir nuevas maneras para presentar el Evangelio en los grandes centros urbanos.

¿A qué me comprometo el testimonio de Pablo?

PABLO, SUS ESCRITOS Y PENSAMIENTO

Introducción

Son muchos los cristianos que sostienen que Pablo fue el primer gran teólogo del cristianismo, el creador de la teología cristiana, pues él, mejor que nadie, supo captar y transmitir el misterioso proyecto de Dios, revelado hace siglos por Dios y puesto en práctica de manera admirable en la persona de Jesús. Y debió hacerlo “traspasando” el lenguaje figurado de los campesinos, al lenguaje académico de los habitantes de las grandes ciudades.

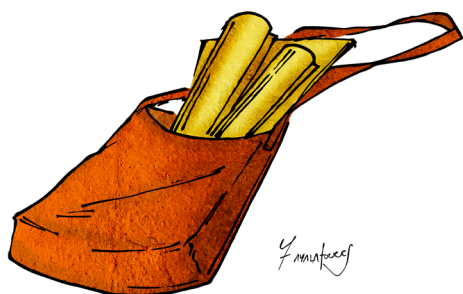
Ciertamente, es a Pablo a quien le debemos términos como “gracia”, “amor”, “fe”, “esperanza”, “justificación”, “reconciliación”, “libertad”, “paz” y “salvación” ... No es que él haya creado todos estos conceptos. La mayoría de ellos existían desde antes en las culturas judía y grecorromana. Pablo les dio a estos términos un nuevo contenido, a la luz de la vida, muerte y resurrección del Señor Jesús.

Por eso creemos que Pablo fue un excelente teólogo. Sin embargo, él no nos dejó ningún libro o discurso donde se pueda conocer toda su visión respecto a Dios, a la Iglesia o a la vida creyente. Lo que él nos heredó fueron unas cartas personales, íntimas, dirigidas a sus comunidades. Y este es el único medio que tenemos para de conocer su pensamiento.



1. Las cartas de Pablo

En su incansable vida misionera, recorriendo la mayor parte del Imperio romano, puede extrañarnos que Pablo haya tenido tiempo para escribir cartas a sus comunidades. Pero debemos tener en cuenta que estas cartas no eran un ejercicio que podía separarse de su actividad misionera. Por el contrario, eran parte fundamental en su ministerio. Las cartas de Pablo son la otra cara de su actividad misionera y pastoral.



Podríamos decir, que Pablo era un escritor por necesidad, pues no podía permanecer todo el tiempo que hubiera deseado en sus comunidades. Debido a esto es que decide mantener contacto con ellas a través de cartas con las que las anima, corrige y las aclara dudas respecto a la vida comunitaria. La responsabilidad que siente Pablo por las comunidades que él ha-

bía fundado, lo obligan a mantener contacto con ellas y a ayudarlas a solucionar los problemas que van atravesando.

Al conjunto de las cartas atribuidas a Pablo, se las llama *Corpus Paulinum* (cuerpo paulino). Sin embargo, no todas las cartas de este corpus pueden ser atribuidas personalmente a Pablo. Algunas cartas son obra de sus discípulos, y alguna otra hasta de un seguidor de sus discípulos, quienes se tomaron el nombre de Pablo para poner sus escritos bajo la autoridad del apóstol, sin que eso signifique romper con la comunión. Por lo tanto, podemos hablar de tres grupos de cartas: las “proto paulinas”, epístolas que serían auténticamente de Pablo (Romanos, 1-2 Corintios, Gálatas, Filipenses, 1 Tesalonicenses y Filemón); las “deutero paulinas”, que serían de discípulos de Pablo (Efesios, Colosenses, 2 Tesalonicenses); y las “trito paulinas”, que serían de los seguidores de los discípulos de Pablo (1-2 Timoteo y Tito).

Digamos una palabra respecto a la carta a los Hebreos, obra que fue escrita a finales del siglo I. Unos autores lo fechan hacia el 80 d.C. y otros hacia el 90 d.C. En los orígenes se vinculó esta carta a Pablo por algunos aspectos de su contenido, y porque su autor era conocedor de las Escrituras, pero que hoy nadie estaría dispuesto a sostener esa hipótesis. El autor debió ser un cristiano de origen judío, pero con formación griega, quizá ya separado del judaísmo, puesto que se dirige a cristianos alejados ya del judaísmo.

La única similitud que tiene con las cartas paulinas la encontramos al final del texto, donde se retoma las formas de una carta paulina. Sin embargo, hoy la ciencia bíblica no clasifica a Hebreos como una “carta”, sino como un “texto pastoral”, un “sermón” para ser leída a una comunidad que siente que su fe se debilita y corre el riesgo de la apostasía. Hebreos es el único documento del NT que habla del sacerdocio de Cristo.

Ahora bien, el hecho de que las deutero y trito paulinas, más la carta a los hebreos, no hayan sido escritas por el apóstol Pablo, no significa que sean menos importantes para nuestra fe cristiana. La Iglesia las ha reconocido como escritos inspirados y se encuentran dentro del canon como parte del *corpus paulinum*.

Desde el punto de vista literario, todas estas cartas tienen la misma estructura que consta de tres partes: encabezamiento, cuerpo y conclusión. En el encabezamiento, además de presentarse junto a los compañeros que lo acompañan en la misión y de saludar a los destinatarios, Pablo suele hacer una pequeña oración de acción de gracias, o bien suele expresar un deseo. Es su forma de entrar con delicadeza en una cuestión central que es el motivo de la carta. Luego viene el cuerpo, donde trata diversos temas doctrinales o morales que están afectando a la comu-

nidad destinataria. Finalmente, está la conclusión, donde se dan algunos consejos particulares, se saluda a determinadas personas y, se hace la despedida personal de Pablo.

Cuando Pablo se dirigía a sus comunidades a través de las cartas, probablemente, ni se imaginaba que sus escritos iban a conservarse y transmitirse entre sus comunidades. Cuando leemos sus cartas nos damos cuenta de que ellas tienen un carácter coyuntural, es decir tratan de iluminar y/o resolver unos problemas concretos que vivían las comunidades: conflictos internos causados por ambiciones y rivalidades, dudas acerca de lo que estaba permitido y lo que no era prohibido, etc. Estos aspectos no habían surgido, ni habían sido profundizados por Pablo cuando estaba viviendo con los hermanos de determinada comunidad, sino que surgieron más tarde. Cuando Pablo se entera de ello, procede a escribirles para responder a las interrogantes que habían surgido. Sin embargo, estas cartas, escritas en un momento determinado para responder a problemas concretos, encontraron acogida en todas las comunidades paulinas y en la Iglesia universal. Copias de éstas pronto comenzaron a ser compartidas, coleccionadas y usadas para la formación.

En la segunda carta de Pedro se hace mención ya de las cartas de Pablo como un conjunto de escritos (cf. 2Pe 3,15-16). A partir del siglo II se empiezan a citar las trece cartas que llevaban el nombre de Pablo, además de la carta a los hebreos, que entonces era atribuida a él.

¿He leído alguna carta de Pablo?
¿Qué tema ha llamado mi atención?

2. El pensamiento de Pablo

Como ya hemos mencionado antes, las cartas de Pablo tienen un carácter ocasional y tratan de solucionar problemas puntuales que surgían en las comunidades. Sin embargo, si las leemos en su conjunto, podemos percibir que existen unas grandes líneas de pensamiento paulino, que nos ayudan a descubrir cómo entendía Pablo la vida cristiana y cuál era la teología que él iba produciendo.

De joven, Pablo había recibido una sólida formación en la Torá y las tradiciones judías, en la escuela del rabino Gamaliel, en la ciudad de Jerusalén. Esa formación le permitió a Pablo tener instrumentos suficientes para replantearse el proyecto de salvación de Yahvé, pero esta vez a la luz de la resurrección de Jesús. Así, Pablo descubrió que el proyecto que Dios había ofrecido al pueblo de Israel ya se había concretizado en la vida, muerte y resurrección de Jesús, el Hijo de Dios.

a. El proyecto de Dios

En la carta a los Efesios podemos leer que Dios “nos ha dado a conocer su plan salvífico, que había decidido realizar en Cristo, llevando su proyecto salvador a su plenitud al constituir a Cristo en cabeza de todas las cosas, las del cielo y las de la tierra” (Ef 1,9-10). Este proyecto Dios lo ha realizado “por decisión gratuita de su voluntad” (Ef 1,5), movido únicamente por su inmenso amor. En ese proyecto,

según Pablo, Dios mismo se implica y participa.

b. El Evangelio

El proyecto salvífico de Dios se materializa en la persona de Jesús de Nazaret. Su vida, muerte y resurrección es la Buena Nueva, el Evangelio para la humanidad. En los escritos del Nuevo Testamento descubrimos tres significados de la palabra Evangelio:

- ♦ Jesús mismo es la Buena Noticia: “Inicio de la Buena Noticia de Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios (Mc 1,1).
- ♦ El contenido de la predicación de Jesús es Buena Noticia: “Jesús recorría toda Galilea enseñando en las sinagogas. Anunciaba la Buena Noticia del Reino y curaba toda clase de enfermedades y dolencias de la gente (Mt 4,23).
- ♦ La Buena Noticia era predicar la vida y obra de Jesucristo: “Desde Jerusalén y por los alrededores, hasta Iliria, predicando en toda su plenitud el Evangelio de Cristo (Rom 15,19).

Este último sentido de la palabra “evangelio” es el que más utiliza Pablo. Toda su vida se orienta al anuncio del Evangelio de Jesucristo. Este Evangelio no es una invención humana, sino la explicitación del proyecto de Dios que se realiza en Jesús: “Quiero que sepan hermanos, que el Evangelio anunciado por mí no es una invención de hombres, pues no lo recibí de ningún hombre; Jesucristo es quien me lo ha revelado (Gal 1,11-12).



El anuncio realizado por Pablo es el Evangelio de Dios que él asume y ofrece a los demás. Tanto se apropia Pablo del Evangelio de Dios, que llega a hablar incluso de “mi Evangelio”: “Sea maldito cualquiera -yo o incluso un ángel del cielo- que les anuncie un Evangelio distinto del que yo les anuncie (Gal 1,8). Este evangelio, anunciado por Pablo, es la propuesta que hace Dios para la salvación de la humanidad. Entonces, la propuesta de Pablo es una alternativa que pudiera ser rechazada o pudiera ser aceptada, según la libre voluntad del ser humano.

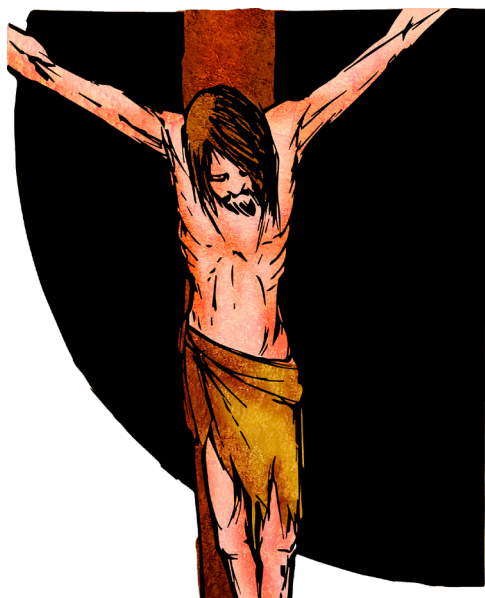
c. *La fe*

La fe es consecuencia de la aceptación del Evangelio de Dios por parte de los hombres. El término “fe” es uno de los preferidos en las cartas de Pablo. En todo el Nuevo Testamento la palabra *pistis* (fe) se encuentra 243 veces, de las cuales 142 aparecen en los escritos paulinos.

Según descubrimos en las cartas de Pablo, la fe es la apertura incondicional del ser humano al anuncio del Evangelio: “Con la Ley nadie llega a ser justo a los ojos de Dios; la cosa es cierta, pues el justo vivirá por la fe, y la Ley no da lugar a la fe cuando dice: El que cumple estas cosas tendrá vida por medio de ellas. Pero Cristo nos ha rescatado de la maldición de la Ley, al hacerse maldición por nosotros, como dice la Escritura: Maldito todo el que está colgado de un madero. De este modo la bendición de Abrahán alcanzó a las naciones paganas en Cristo Jesús: por la fe recibimos la promesa, que es el Espíritu” (Gal 3,11-14).

¿Estoy de acuerdo con el concepto de fe de Pablo?
¿Por qué?

d. *El bautismo*



La fe se concretiza en el bautismo: “¿Qué conclusión sacaremos? ¿Continuaremos pecando para que la gracia venga más abundante? ¡Por supuesto que no! Si hemos muerto al pecado, ¿cómo volveremos a vivir en él? Como ustedes saben, todos, al ser bautizados en Cristo Jesús, hemos sido sumergidos en su muerte. Por ese bautismo, en su muerte fuimos sepultados con Cristo, y así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la Gloria del Padre, así también nosotros empezamos una vida nueva” (Rom 6,1-4).

Según Pablo, el significado del bautismo es el mismo que el contenido del Evangelio: “Por el bautismo hemos sido sepultados con Cristo quedando

vinculados a su muerte, para que, así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por el poder del Padre, así también nosotros llevemos una vida nueva” (Rom 6,4). Por el bautismo el cristiano queda incorporado a Cristo y, al mismo tiempo, a la comunidad cristiana. La fe ya no es una actitud individual sino una comunitaria.

e. La justificación

Por el bautismo, la comunidad cristiana obtiene la justificación prometida por Dios en el Antiguo Testamento. Según Pablo, la justificación es la sintonía perfecta del ser humano con el proyecto establecido por Dios (Rom 8,29). Si su vida corresponde a la medida establecida por Dios, entonces se vuelve un hombre justo.

El hombre no se auto justifica, sino que es justificado por Dios, quien siendo justo es el que justifica. El hombre no puede alcanzar por sí mismo la justificación; es Dios quien se la concede por su soberana voluntad. Dios es justo y hace compaginar su promesa con la realidad concreta del mundo. Dios alcanza al hombre a través del don del Evangelio, siempre que el hombre acepte el Evangelio por fe y acepte el bautismo. En ese momento comienza a realizarse la justificación. Es en el bautismo donde el hombre es alcanzado por el valor de la muerte de Cristo y recibe el don del Espíritu que le hace participar en la vida de Cristo Resucitado.

¿Cómo vivo mi bautismo?

f. La Iglesia

El conjunto de los justificados, que participan en la vitalidad de Cristo como Señor, son los que forman la Iglesia (*ekklesia*). Este término aparece 114 veces en todo el Nuevo Testamento, de las cuales 62 veces están en las cartas de Pablo. La Iglesia es el cuerpo de Cristo: “Las partes del cuerpo son muchas, pero el cuerpo es uno; por muchas que sean las partes, todas forman un solo cuerpo. Así también Cristo. Hemos sido bautizados en el único Espíritu para que formemos un solo cuerpo, ya seamos judíos o griegos, esclavos o libres. Y todos hemos bebido del único Espíritu. Un solo miembro no basta para formar un cuerpo, sino que hacen falta muchos. Supongan que diga el pie: ‘No soy mano y por lo tanto yo no soy del cuerpo’. No por eso deja de ser parte del cuerpo. O también que la oreja diga: ‘Ya que no soy ojo, no soy del cuerpo’. Tampoco por eso deja de ser parte del cuerpo. Si todo el cuerpo fuera ojo, ¿cómo podríamos oír? Y si todo el cuerpo fuera oído, ¿cómo podríamos oler? Dios ha dispuesto los diversos miembros, colocando cada uno en el cuerpo como ha querido. Si todos fueran el mismo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Pero hay muchos miembros, y un solo cuerpo... Ustedes son el cuerpo de Cristo y cada uno en su lugar es parte de él (1Cor 12,12-20.27).



Cristo vive en la Iglesia, la revitaliza a través de su Espíritu; ese Espíritu genera actitudes especiales, llamadas “carismas”. Estos dones tienen un único origen, Cristo, y una única finalidad, la funcionalidad de la Iglesia. A través de la Iglesia, llena de la vitalidad de Cristo, el proyecto salvador de Dios se puede proyectar al mundo entero.

g. La plenitud cristiana

La llamada de Jesucristo y la respuesta del creyente son las que permiten incorporarse a los cristianos a la Iglesia. Y esto se hace, de manera significativa a través del bautismo y de la vida comunitaria que se desarrolla en el presente. Sin embargo, la vida presente de la Iglesia está iluminada por el pasado (la Historia de la salvación) y se proyecta a un estado final de plena unión con Cristo (la parusía).

Pablo habla de la plena realización del proyecto de Dios en el futuro, pero no precisa el tiempo, reconociendo que no lo conoce. “Luego llegará el fin. Cristo entregará a Dios Padre el Reino después de haber desarmado todas las estructuras, autoridades y fuerzas del universo. Está dicho que debe ejercer el poder hasta que haya puesto a todos sus enemigos bajo sus pies, y el último de los enemigos sometidos será la muerte. Dios pondrá todas las cosas bajo sus pies. Todo le será sometido; pero es evidente que se excluye a Aquel que le somete el universo. Y cuando el universo le quede sometido, el Hijo se someterá a Aquel que le sometió todas las cosas, para que, en adelante, Dios sea todo en todos” (1Cor 15,24-28).



**¿Cómo se espera que sea mi actitud
como miembro de la Iglesia?**

Segunda Parte

Solidaridad y Paz en la vida de Pablo



REUNIONES PARA EL ESTUDIO ORANTE DE LA SOLIDARIDAD Y DE LA PAZ EN EL APÓSTOL PABLO

En esta segunda parte del Folleto del Asesor ofrecemos a la “Guía de Reuniones” contenidos para profundizar el estudio.

Son seis temas:

- ♦ **Tema 1.** Tratarlos como hermanos: *“Ya no será esclavo, sino hermano querido”*.
- ♦ **Tema 2.** La fe mueve montañas: *“Pablo, cristiano solidario, motivado por la fe”*.
- ♦ **Tema 3.** La Iglesia, centro de solidaridad: *“Pablo es solidario con los débiles”*.
- ♦ **Tema 4.** El trabajo solidario. *“Pablo, un apóstol trabajador”*.
- ♦ **Tema 5.** El mundo es nuestro hogar: *“El hombre debe cultivar y cuidar el jardín”*.
- ♦ **Tema 6.** Eucaristía, celebración de la solidaridad: *“Este es mi cuerpo entregado por ustedes, hagan esto en memoria mía”*.

TRATARNOS COMO HERMANOS

Ya no será esclavo, sino hermano querido

(La carta a Filemón)

*Cuando veo a una persona en necesidad física o espiritual,
¿cuál es mi actitud?*

Introducción

Hay tres actitudes humanas que son posibles: la *indiferencia*, que se expresa con la frase: “¿Acaso yo soy guardián de mi hermano?”; la *manipulación*, en todas sus formas: opresión, cosificación, engaño, amenaza; y la *solidaridad*, que supone diálogo, apertura, crecimiento mutuo. Con relación a estas tres posibilidades nos jugamos nuestra vida.



Las experiencias nos enseñan que en nuestra sociedad están más marcadas la primera y segunda actitud. Es decir, vivimos marcados por el temor, la agresividad, el engaño, el intento de dominio de unos sobre otros, la indiferencia, la competencia desleal. Pareciera que no hay lugar para la solidaridad, el diálogo o el bien común. Con nostalgia se añoran aquellos tiempos en que en los barrios, familias y pueblos la gente vivía tranquila y amable.

Tomando en cuenta esta realidad, en este primer tema intentaremos redescubrir la fuerza de una propuesta que el apóstol Pablo hace a Filemón: cultivar la solidaridad, que es una novedad cristiana. Leer la carta a Filemón nos ayudará a trabajar con empeño en la creación de nuevas redes de solidaridad, que se funden en las relaciones interpersonales, en el servicio mutuo, en la atención de los necesitados.

1. El Imperio romano y las comunidades cristianas

a. La vida del esclavo

Somos humanos, yo igual que tú, y tú igual a aquel. Y todos tenemos igual dignidad humana. Pero, en el siglo I d.C., a lo largo del Imperio romano no todos eran considerados personas con dignidad. Un ejemplo concreto era Onésimo, esclavo e hijo de esclavos. Él no era ciudadano romano, ni tenía dinero para comprar su libertad.

Los padres de Onésimo eran libres, pero cuando su pueblo se rebeló contra Roma, llegaron los soldados, aplastaron la revuelta y mucha gente fue sometida a la esclavitud; los llevaron hasta Corinto y los vendieron como esclavos en la plaza pública. Seguramente, sus padres fueron comprados por un rico que lo habría llevado hasta Colosas, donde él debió gastar sus días trabajando en el campo, mientras que su madre se habrá dedicado al servicio doméstico.

Onésimo creció en un ambiente de esclavitud. Siendo adulto, no podía contraer matrimonio, y los hijos que tenía no eran de él, sino propiedad del patrono. Su vida estaba en manos de su dueño. Y nadie cuestionaba eso, porque no era un tema cuestionable, como lo sería hoy.



Con todo, había algunas leyes para ablandar la dura situación de los esclavos. Por ejemplo, si el patrono abandonaba a un esclavo entrado en años, recibía un castigo; si el esclavo o un pariente tenía la posibilidad de comprar su libertad, podía llegar a ser libre; si al morir el patrono, en su testamento expresaba su voluntad de que su esclavo quede libre, nadie podía contradecir eso.

En el caso de Onésimo, él llegó a ser libre por un pedido especial hecho por el apóstol Pablo. Filemón, patrono de Onésimo, admiraba y respetaba a Pablo, y debió cambiar su actitud después de la carta que éste le envió.

En Jerusalén había pocos esclavos, y el costo de uno era de aproximadamente 200 denarios (con un denario una familia podía alimentarse un día). Los judíos distinguían entre esclavos judíos y esclavos paganos. A los primeros se les trataba bien y se los consideraba como hermanos, con derecho a la alimentación, al vestido, a la vivienda e incluso a tener algunos bienes. Mientras que a los segundos se les trataba mal, más allá de que las mismas leyes exigían que se les tratara con respeto e incluso que se les deje descansar el sábado.

Los judíos también tenían una tradición que demandaba la liberación de los esclavos el año de gracia (cada siete años) o el año jubilar (cada 50 años). ¡La esclavitud no debía ser para siempre! También era posible pagar el rescate por algún esclavo o éste quedaba libre su moría su patrono y no había nadie que lo reclame como esclavo. Otra forma de conseguir la libertad era cuando un esclavo había hecho alguna tarea o acción muy importante para su amo, por ejemplo, salvarle la vida.

b. El testimonio de las comunidades cristianas

Los convertidos, cuando comenzaban a participar en las comunidades cristianas, empezaban a tomar conciencia de que las cosas que estaban mal no eran voluntad de Dios, que no era cierto que unos habían nacidos para ser libres, mientras que otros habían nacido para ser esclavos. No era verdad que los varones habían nacido con superioridad sobre las mujeres, ni que éstas debían someterse a sus decisiones.

En las reuniones comunitarias, los cristianos empezaron a conocer el mensaje de Jesucristo por boca de misioneros como Pablo, Bernabé, Silas, Timoteo, Priscila, Febe, etc. Entonces comprendieron que estas ideas erróneas debían cambiar. Jesús quería que las comunidades sean lugares donde se viva unas relaciones interpersonales, donde las diferencias de raza, clase o género no sean vistas como causa para el dominio de unos sobre otros, sino una forma de afirmar la hermandad. “En Cristo todos pasamos a ser iguales, judíos y gentiles, libres y esclavos, varones y mujeres” (Gal 3,28).

Así fueron descubriendo su dignidad de hijos de Dios y la necesidad de que la hermandad marque la vida de los seguidores de Jesús. Por eso, las comunidades se convirtieron en un espacio de salvación para aquellas personas que eran excluidas socialmente. La comunidad era el lugar donde todos se trataban con respeto y dignidad, se preocupaban por las necesidades mutuas y se animaban en su vida de oración. Era la comunidad ideal de la que habla Hechos 4,32.

Así, las comunidades cristianas trataban de vivir el Reino de Dios. La comunidad en Galacia estaba formada por campesinos que habían descubierto el valor de la libertad; la comunidad de Filipos era una comunidad pobre, pero solidaria; en la comunidad de Tesalónica la mayoría eran artesanos que habían descubierto la



dignidad del trabajo, a ejemplo de Pablo; en la comunidad de Corinto había pluralidad y con ello tensiones entre varones y mujeres, ricos y pobres, sabios y sencillos; Pablo les recuerda que Dios ha escogido lo pobre y humilde para salvarlos a todos.

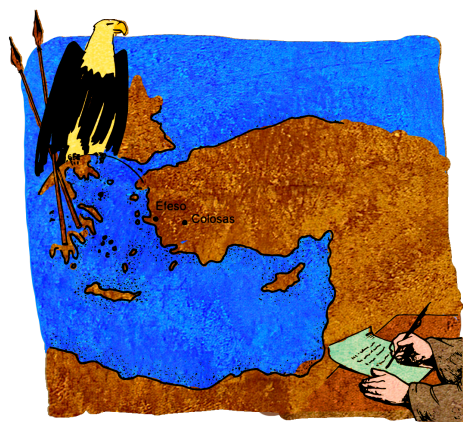
Todas estas comunidades se sentían unidas en la Eucaristía, celebrada y vivida como testimonio de unas nuevas relaciones donde primaba la comunión, pues todos formaban el mismo Cuerpo de Cristo Jesús.

¿Qué puedo destacar de las relaciones comunitarias de mi familia o grupo?

2. Estudio bíblico de la carta a Filemón

a. Autor, fecha, destinatario y objetivo

La carta a Filemón es, sin duda, escrita por el apóstol Pablo. Su estilo ágil y cálido expresa su personalidad. La fecha de su composición se ubica entre el año 57 d.C., cuando Pablo estaba prisionero en Éfeso, o el año 63 d.C., cuando estaba prisionero en Roma. En cualquiera de las dos posibilidades, Pablo habría recibido la visita del esclavo Onésimo que le cuenta el maltrato que ha recibido de su patrono, Filemón.



Filemón es un cristiano de Colosas, y es a él, a su esposa Apia y a toda la comunidad de los colosenses a quien Pablo escribe esta carta. Esta no debió ser una comunidad grande, sino más bien una comunidad doméstica, lo que implica una casa grande, donde podía caber la familia y la servidumbre que se reunía para la oración y la lectura de la Palabra.

El objetivo de Pablo al escribir esta carta es conseguir que el esclavo Onésimo sea nuevamente recibido en la casa de su amo Filemón, de la cual seguramente ha escapado debido al maltrato. Pablo le dice a Filemón que debe recibir a Onésimo, pero ya no bajo las relaciones patrono-esclavo, sino como un hermano, según corresponde a las nuevas relaciones personales y sociales fundadas en la hermandad que nace de la misma fe en Cristo Jesús.

b. Estudio detallado de la carta

La carta es breve, Veamos su estructura:

A vv. 1-3: Saludo.

B vv. 4-7: Alabanza a Filemón por las muestras de amor en la comunidad.

C vv. 8-14: Petición de acogida a Onésimo.

D VV. 15-17: Recíbelo como a un hermano amado.

C' VV. 18-19: Acogida sin pago, ni revancha de parte de Filemón.

B' vv. 20-22: Confianza de Pablo en que se acogerá a Onésimo.

A' vv. 23-25: Saludo final.

Como nuestro interés es dar una mirada de conjunto a las relaciones interpersonales y sociales que propone Pablo, vamos a fijarnos en los personajes que aparecen en el texto y en el tipo de relaciones que mantienen entre sí.

- ♦ **Filemón:** Es un cristiano adinerado, que posee al menos un esclavo, o quizá más. Presta su casa para que allí se reúna la comunidad y, posiblemente, junto a su esposa Apia, son los animadores de ésta. Filemón destaca por su testimonio de fe y su solidaridad con la comunidad. Pablo tiene una buena opinión sobre Filemón, y le recuerda que tiene una “deuda” adquirida con él. Quizá se refiera a la conversión o al bautismo que Pablo le habría conferido. Sin embargo, por la situación social en la que vive, consciente o inconscientemente, Filemón reproduce la organización patriarcal, donde las mujeres y esclavos no tiene estatus.
- ♦ **Pablo:** Es apóstol de Cristo Jesús. Parece que fue él quien convirtió y/o bautizó a Filemón, y por ello reclama una deuda de éste, que debe transparentarse en aceptar su autoridad apostólica.
- ♦ **Onésimo:** es un esclavo; su nombre “Onésimo” significa “útil”. Parece que él ha escapado de la casa de Filemón, seguramente causándole pérdidas económicas. Por eso ahora está en deuda con él y busca a Pablo para que interceda por él. Pablo lo va a hacer, porque es un “hijo de mis entrañas”.
- ♦ **Jesucristo:** es el que da un nuevo sentido a la vida de todos los cristianos, incluido Filemón. Es Él quien mantiene y construye el amor, la caridad y la solidaridad en todas las comunidades.



Antes de recibir la carta, Filemón se ha destacado por su fe en Cristo y por ser un benefactor de la comunidad. Por ello se había ganado el respeto y la admi-



ración de Pablo, quien tiene la suficiente confianza para pedirle que le prepare un cuarto para su próxima visita. Sin embargo, Filemón ha excluido a Onésimo de las relaciones comunitarias. Hoy también muchas personas ven normal que las personas de servicio doméstico seas excluidas del buen trato, pues eso les parece un derecho propio de los patrones y su grupo.

La gran novedad de Pablo es que radicaliza la dimensión del amor fraterno y le pide a Filemón que, desde su propia libertad, incluya a Onésimo en la comunidad, como miembro pleno de ésta. Onésimo debe ser considerado como un hermano querido. Incluso se le pide a Filemón que lo reciba como si fuera el mismo Pablo. Esto fue, sin duda, un reto muy fuerte a la fe de Filemón.

Con esto, Pablo anuncia la caída del régimen esclavista, basado en la dominación, para construir un nuevo espacio social basado en relaciones de comunión y servicio entre personas iguales y libres. Lo inhumano no está en hacer determinado trabajo, sino en el espíritu con que se lo sustenta: el dominio trae esclavitud, temor, injusticia; el servicio y la solidaridad trae libertad, amor y justicia.

¿Alguna vez he actuado como Filemón? ¿Qué debo hacer?

3. Aplicación pastoral

Al iniciar este tema expresábamos la idea de que nuestra sociedad está marcada por relaciones de indiferencia y agresividad que nos destruyen como seres humanos. La propuesta de Pablo al Filemón de ayer y de hoy es que cambiemos estas actitudes. En la vida diaria, en las relaciones familiares, de vecindad, de iglesia, etc., debemos vivir de una manera distinta; seamos amables y mantengamos siempre una actitud de escucha y de participación de todos, pues todos somos iguales.

En el trabajo diario cultivemos unas relaciones horizontales y de mutua colaboración, para hacer de nuestros lugares de vida y de trabajo unos espacios donde las horas que pasamos juntos sean de creatividad, de diálogo y de responsabilidad. Es decir, debemos superar las relaciones patrono-esclavo, y sustituirlas por unas relaciones de mutua corresponsabilidad, de justicia y de trabajo corresponsable.

En el ámbito de la Iglesia seamos testimonio de que es posible construir nuevas relaciones sociales, cimentadas en el amor y la solidaridad.

LA FE MUEVE MONTAÑAS

Pablo, cristiano solidario, motivado por la fe

(2Corintios 11,16-33)

Cuando veo dolor y sufrimiento, ¿cuál es mi actitud?

Introducción

Nuestro mundo está en continua transformación. Se desarrollan cada vez la ciencia, la tecnología, las comunicaciones. Vivimos en un mundo donde cada vez más se poseionan las redes sociales y se desarrollan más instrumentos técnicos. El Papa Francisco nos habla de una “tecnocracia”. Pero esto, lejos de mejorar las relaciones interpersonales, han ido deteriorando cada vez más la vida y la dignidad humana: guerras, asesinatos, robos, segregación, discriminación, desastres naturales. Cada vez vemos con mayor preocupación el futuro de la humanidad y del planeta. Muchos nos lamentamos de esta situación, pero pocos se comprometen con la transformación de las realidades de sufrimiento y muerte en las que nos encontramos sumergidos.

La preocupación que cada uno tiene por “salir adelante”, nos lleva a rechazar todo aquello que podría “complicarnos la vida”; nos vuelve mediocres, porque nos conformamos con ser simples observadores pasivos de la agonía que sufren los hermanos y la creación. Eso no puede seguir así.

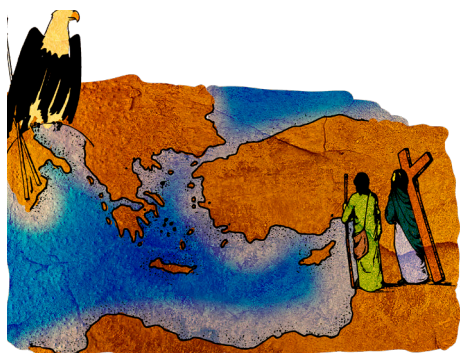
Nadie tiene una excusa válida para permanecer indiferente ante la compleja crisis de vivimos en nuestros barrios, ciudades, países y continentes. La misión que tenemos como cristianos es buscar con pasión la armonía entre todos los seres vivos que habitamos este mundo. Nuestra fe debe fundamentarse en el ejemplo que nos dejó el Señor Jesús, quien con su vida, muerte y resurrección nos mostró el camino de la compasión que debemos vivir como Iglesia. Para nosotros, este debe



ser un estímulo que alimente nuestra vida cristiana y nos lleve a comprometernos constantemente con la transformación de las realidades de muerte y construir el ansiado Reino de Dios.

El apóstol Pablo comprendió esto muy bien y lo vivió hasta sus últimas consecuencias. Por eso, en este segundo tema vamos a estudiar un desafío que él nos lanza: revisar y vitalizar nuestras motivaciones cristianas.

1. La misión de Pablo



Ni las cartas de Pablo ni su vida pueden entenderse sin conocer su pasión por anunciar a Cristo. Su encuentro con Cristo lo transformó profundamente. Es Cristo quien vive en él (Gal 2,20), y en adelante nada podrá separarlos (Rom 8,35). La fe en Cristo crucificado y resucitado, lo motivó y lo movilizó a una misión irresistible recorriendo miles de kilómetros por tierra y por mar para dar a conocer el Evangelio de Jesús.

a. Una misión universal

Pablo entendió que la fe en Jesucristo no tenía nada que ver con la raza, condición social o sexo (Gal 3,28). Por eso luchó para que en sus comunidades convivan en paz judíos y griegos, libres y esclavos, varones y mujeres. Esto le trajo conflictos con los llamados judaizantes, cristianos que enseñaban que para estar en gracia con Dios debían vivir según la Ley, especialmente, la circuncisión. Los gentiles debían convertirse primero en prosélitos judíos, y luego en cristianos. Esta falsa doctrina fue rechazada en el concilio de Jerusalén (Hch 15). Para Pablo, en Cristo no hay distinción, porque Dios purifica a todos: “Nosotros hemos creído en Jesucristo para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado” (Gal 2,16).

Pablo deseaba que en sus comunidades se vivieran los valores evangélicos, y estos fueran signos de identidad cristiana. Que no vivieran encerrados como sectas, como grupos aislados del resto del mundo, sino comunidades abiertas al mayor número posible de personas. Por eso su afán de llevar a cabo una impresionante actividad misionera por todo el mundo griego y romano. Pablo fue el “apóstol de los paganos” (Rom 11,13).

b. Una misión gratuita

Pablo quiso vivir de su trabajo manual y no aceptó ser mantenido por sus comunidades (1Cor 4,12; 9,1-18; 2Cor 11,27; 12,13; 1Tes 2,9; 2Tes 3,8-9). Lo hizo para no ser una carga para las comunidades, y para no perder con ello su libertad. Pablo no quería dar la impresión de que anunciaba el Evangelio por mero interés humano (2Cor 12,14) o con el deseo de traficar con la Palabra de Dios (2Cor 2,17).

Lo que recibió gratuitamente, lo quería dar gratuitamente, sin esperar nada a cambio, porque sabía que la salvación era obra exclusiva de Dios, y Él la daba a quien quisiera. Nadie podía comprar la salvación con su propio esfuerzo, como si fuera un objeto.

c. *Una misión solidaria*

Pablo dirige su mensaje a los pobres, y entre ellos vive, con ellos trabaja y para ellos da su vida, rebajándose socialmente, poniéndose al mismo nivel de los esclavos. Por eso, él renunció libremente al poder que le daban su familia y al prestigio que implicaba ser un predicador y misionero (1Cor 9,19,22). Lo hizo para ser coherente con el Evangelio que anunciaba (1Cor 9,12). Con su testimonio de solidaridad en favor de los débiles, se volvió un signo visible de que el Crucificado sólo puede ser predicado desde la debilidad humana (1Cor 2,1-5).

2. Estudio bíblico: 2Corintios 11,16-33

Conozcamos algunos detalles de la ciudad de Corinto y de la comunidad que Pablo fundó allí.

a. *La ciudad de Corinto en los años 50 d.C.*

Las cartas de Pablo nos ayudan a entender el estilo de vida que imperaba en el Imperio romano y los problemas que vivían las comunidades cristianas. Además, podemos reconocer las respuestas que Pablo elaboraba ante esas dificultades.

Para acumular poder y riqueza, el Imperio romano procuraba mantener un modelo particular de paz, que buscaba favorecer el comercio internacional, el cobro sostenido de los impuestos y mantener la grandeza y los lujos de Roma. Pero, el otro lado de la moneda es que esa paz traía a los pueblos dominados mayores niveles de esclavitud, pobreza, sufrimiento y violencia (Rom 1,18-32). Para Pablo, la verdad era prisionera de la injusticia (Rom 1,18).

En tiempos de Pablo, Corinto era una ciudad rica, gracias al comercio que generaba su posición geográfica entre dos puertos, uno que salía al mar Egeo (Cencreas) y otro que desembocaba en el mar Adriático (Lequeo). Corinto era como un gran mercado donde muchos artesanos, comerciantes y mercaderes producían y vendían sus productos, mientras otras personas ofrecían sus servicios. En esta ciudad habitaban unas seiscientas mil personas. Y de cada diez personas, seis eran esclavas.

Por otro lado, había en esta ciudad un culto a Afrodita, la diosa del amor, en cuyo templo se practicaba la prostitución sagrada, con mil prostitutas al servicio de



los asistentes. Además, había filósofos ambulantes, algunos de los cuales eran charlatanes, pero otros eran considerados verdaderos sabios y tenían mucha influencia entre los habitantes de origen griegos; ellos acostumbraban a organizar escuelas, comunidades y movimientos para vivir y predicar una moral muy rígida y austera, buscando la verdad desde la razón y la filosofía.

b. *La comunidad cristiana de Corinto*

Pablo fundó en la ciudad de Corinto una comunidad cristiana, entre los años 50 y 52 d.C., durante su segundo viaje misionero (Hch 18,1-22, 1Cor 2,1-5; 3,6.10; 4,15;9,1-2.11; 2Cor 3,2-4). Esta comunidad estaba conformada por pobres y trabajadores (1Cor 1,26-28; 7,21), mayormente de origen griego (1Cor 7,18; 8,7; 9,21; 10,14; 12,2; Hch 18,6), aunque algunos provenían del mundo judío (1Cor 7,18; 9,20; Hch 18,8).

Era una iglesia joven, aun inmadura y dada a la mundanidad (1Cor 3,1-4; 14,20), cuya doctrinas y prácticas eran mezcla de cristianismo y paganismo. Por ejemplo, tenían lagunas y distorsiones respecto al matrimonio y la virginidad (1Cor 7), la participación en los cultos griegos (1Cor 8-11), la vivencia de los carismas (1Cor 12-14) y el misterio de la resurrección (1Cor 15).

La vida de algunos miembros de la comunidad era escandalosa y alarmante, pues se habían formado como especie de sectas en torno a unos predicadores (1Cor 1,10-12; 3,1-4.5.22); entre ellos se sentía mucha envidia, discordia y pleito (1Cor 1,10-11; 3,3; 4,6; 6,4; 11, 18-19); algunos insistían en mantener la diferencia entre esclavos y libres (1Cor 7,21-23; 12,13), judíos y griegos (1Cor 10,32; 12,13) y ricos y pobres (1Cor 11,21-22). Otros participaban en los cultos idolátricos (1Cor 5,11; 10,7.14-22).

Dado que no siempre podía resolver sus problemas dentro de la comunidad, solían acudir a los tribunales paganos (1Cor 6,1-8). Había una falta de solidaridad y de atención a los más pobres y débiles (1Cor 11,21-22). Se daban abusos y desórdenes en la asamblea litúrgica (1Cor 11,2-16.17-33; 14,26-40), además de varios escándalos de inmoralidad sexual (1Cor 5,1-13; 6,12-20; 10,8).

Por otro lado, no faltaron las críticas que algunos hermanos de la comunidad hacían a Pablo, cuestionando su autoridad apostólica (1Cor 4,3-5; 9,3; 2Cor 1,12-2.13; 4,13-6.11.13; 7,2-4; 8,8-9; 10,1-11.20; 12,11): En un momento, las relaciones entre Pablo y la comunidad fueron tensas, difíciles y dolorosas.

c. *El verdadero apóstol de Cristo*

En el pasaje que estamos estudiando, Pablo defiende su ministerio, como lo hará después en 2Corintios 2,14-7,4. Gracias a la defensa apasionada de su ministerio, podemos entender mejor la fuerza que movía a Pablo a seguir adelante en su misión.

Las relaciones entre algunos miembros de la comunidad y Pablo iban de mal en peor, haciéndose necesario de que Pablo visite a la comunidad. En la reunión que mantuvieron hubo una declarada oposición de esos hermanos, al punto de que llegaron a ofender a Pablo (2Cor 2,5-10; 7,12). Ante estos hechos, Pablo criticó a

sus adversarios con dureza. La ironía y el tono burlón con que se expresa Pablo nos muestran la pasión con la que fueron redactadas esas líneas.

Pablo, al dirigirse a sus contrincantes, critica uno de los motivos de su falso orgullo: su origen noble. Se trataba de judeocristianos que presumían de ser israelitas de raza pura, miembros sin mancha del Pueblo de Dios. Pablo les responde que igual lo es él (Hch 22,3; 26,4-5; Rom 11,1; Fil 3,4-5), pero que ellos no pueden igualarse a él en su condición de apóstol (1Cor 15,10). Ante la pretensión de sus adversarios de presentarse como “ministros de Cristo”, Pablo les responde: “Más que ellos lo soy yo”. Más aún, Pablo los acusa de ser “ministros de Satanás” y “falsos apóstoles” (2Cor 11,13-15).

Para dejar clara su superioridad como apóstol, Pablo no se compara con sus rivales en cuanto a la “gloria humana”, de la que ellos tanto presumían: oratoria brillante, carismas extraordinarios, prestigio personal, éxito en la misión, recomendaciones. Por el contrario, Pablo sólo presume de las “fatigas y trabajos” sufridos por el Evangelio. Lo que mejor demuestra la autenticidad de su apostolado es el martirio cotidiano de una vida totalmente entregada a la misión.



¿Cuáles son los fundamentos de mi vida cristiana?

La lista de contratiempos y calamidades que Pablo sufre en su vida es impresionante: persecuciones, prisiones, castigos, torturas, naufragios, peligros en los viajes, amenazas de judíos, paganos y hasta cristianos (“falsos hermanos”), ayunos forzosos, sed, frío, desnudez... y, por si fuera poco, el desvelo constante por los miembros de sus comunidades (Rom 8,35; 1Cor 4,11-12; 2Cor 4,7-12; 6,4-10). El solemne juramento que cierra estas líneas apoya la autenticidad de todo lo dicho (2Cor 11,31).

d. La fuerza que mueve a Pablo

El verdadero orgullo del apóstol Pablo no estaba en presumir de sus propias cualidades y méritos humanos, sino en mostrar más bien sus flaquezas y debilidad-



des (2Cor 11,30; 12,5.9-10.12), a través de estas limitaciones es que se manifiesta la fuerza de Dios. Son sus debilidades las que lo identifican con Cristo Crucificado (2Cor 4,10; 13,4), al único a quien Pablo quiere anunciar a lo largo de su misión evangelizadora (1Cor 2,2), y al mismo que rechazaron sus adversarios al pretender anular su obra apostólica (2Cor 11,4; Gal 1,6-9). Jesús es la fuerza de Pablo, el que lo anima para lanzarse a todas sus “aventuras misioneras”.

En la vida y actividad misionera de Pablo se puede descubrir a un cristiano totalmente poseído por el Espíritu de Cristo Resucitado: “Estoy crucificado con Cristo, ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí. Ahora en mi

vida terrena, vivo creyendo en el hijo de Dios que me amó y se entregó por mí. No quiero hacer estéril la gracia de Dios” (Gal 2,19-21).

¿Cuál es la fuerza y el motivo que me impulsa evangelizar?

3. Aplicación pastoral

El ejemplo de Pablo, las dificultades, los sufrimientos y las persecuciones que sufre en su actividad misionera cuestionan nuestro compromiso cristiano. Después de una época de compromiso y opciones claras en nuestra Iglesia Latinoamericana, a finales del siglo XX, sentimos que hoy atravesamos un tiempo de cierta resignación y apatía. Parece como si se hubiera perdido el entusiasmo y la frescura de nuestra fe. Ojalá los compromisos claros, definidos y apasionados que vivió Pablo sean causa de motivación para clarificar nuestras opciones cristianas.

Este testimonio tan claro y definido de Pablo nos plantea también la pregunta por la claridad de nuestras opciones pastorales. Si nuestro compromiso es flojo, si nos invade el miedo y la inseguridad, ¿no será que el Espíritu del Señor Jesucristo no ha calado en nuestras vidas y sólo nos hemos dedicado a la doctrina, pero no a la vida en el Espíritu?

LA IGLESIA, CENTRO DE SOLIDARIDAD

Pablo es solidario con los débiles

(1Corintios 1,26-31)

Introducción

Nuestra Constitución Política dice que nuestro país es libre y democrático, que respeta y defiende la igualdad de derechos, que impone obligaciones a todos los ciudadanos y que asume el conocimiento y práctica de la Declaración universal de los Derechos Humanos.

Pero, mirando al interior de nuestros hogares, barrios, pueblos y ciudades, recorriendo las calles, los campos y las periferias de las ciudades, podemos constatar la existencia de mucha pobreza, rostros de gente hundida en la miseria que se nos cruzan cada día para hacernos saber de una cruda realidad. Grandes mayorías de excluidos, marginados y privados de sus derechos básicos.

¿Quiénes son los excluidos? ¿Por qué se volvieron excluidos? ¿De qué se les excluyó? ¿Qué hicieron para ser excluidos? ¿Cómo y de qué viven los excluidos?... estas y otras preguntas son las que trataremos de abordar en este tema, buscando una explicación que despierte nuestra conciencia, pues nos hemos acostumbrado a la realidad de exclusión, creyendo que es normal que haya gente que se muera por falta de alimentos, de medicina, de atención. “¡El pobre es pobre, porque quiere!”

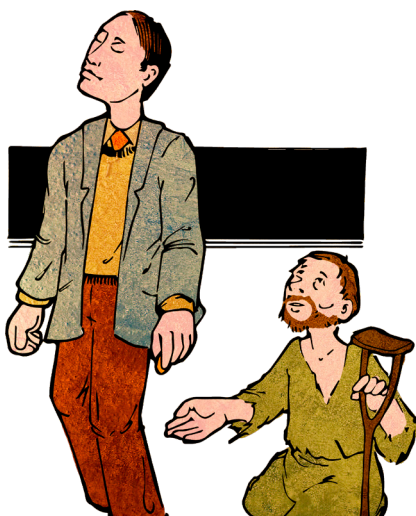


1. Nuestra sociedad y su cultura

Una persona excluida es aquella que ha sido expulsada del lugar que le correspondía, ya sea porque la ley así lo determinó o porque alguien, de forma injusta, le quitó su dignidad humana, negándole la posibilidad de vivir con decoro, cerrándole la puerta para vivir como persona humana. En muchos lugares, no contentos con expulsarlos de los derechos básicos, se intenta desaparecerlos, no sólo borrarán-

dolos de las estadísticas, sino tratando de impedir cualquier tipo de atención o ayuda que pueda brindárseles. Eso es condenar a los más pobres a una muerte lenta.

Actualmente, la comunión y la solidaridad se ven amenazadas por la nueva cultura que privilegia el mercado, el consumo y la ganancia, excluyendo a gran parte de la población de los beneficios del avance científico, tecnológico, técnico, sanitario. Esta nueva cultura pone en grave riesgo el equilibrio ecológico y la paz mundial.



a. El mercado global y los excluidos

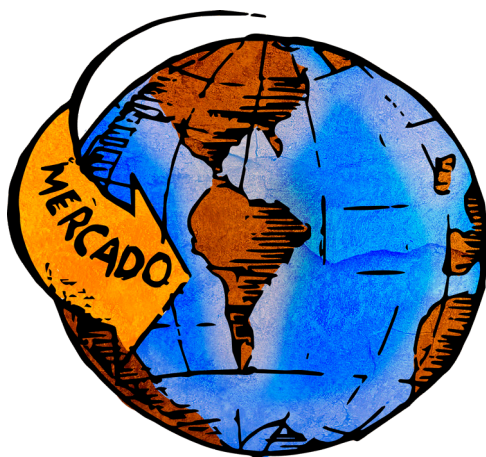
El capitalismo neoliberal es el sistema económico, ideológico y sociocultural que se ha extendido ya por todo el mundo. Tiene por fundamento la apropiación privada de los recursos naturales, de los medios de producción y de las finanzas. Su propuesta es una sociedad de consumo que sea perfecta, y que no deje alternativa a otro modelo. ¡Un mercado global, apoyado en el gran desarrollo de las ciencias y la tecnología, aplicadas a la producción y a las comunicaciones que facilitan las transacciones comerciales sin importar las distancias! En ese mercado global se pretende que todo sea privatizado, que todo tenga un precio y que todo se impregne de la mentalidad de la compra y venta, regulado sólo por la oferta, la demanda y la capacidad de competir.

En el mercado, lo fundamental es la competencia y para vencer al rival sólo hay que perfeccionar herramientas y métodos, y utilizarlos mejor y más rápido que los competidores. Es un juego donde siempre habrá perdedores, y éstos suelen ser los pobres, débiles y excluidos. El sistema está tan ocupado en monetizar todo, que no puede detenerse a atender a las víctimas.

En este contexto desolador, ciertamente, la solidaridad constituye un obstáculo, pues denuncia la maldad y pecaminosidad de este tipo de sociedad.

b. El mundo, una aldea global

Gracias al sorprendente avance de las comunicaciones, el mundo se ha vuelto una “aldea común”, donde las fronteras han ido desapareciendo, pero sólo para los mercados globales, porque para las migraciones de personas necesitadas se mantienen férreos controles. Pareciera que el objetivo del neoliberalismo es construir un solo estilo de economía, de cultura, de política, de valores, manejados y transmitidos por la tecnología con una increíble



rapidez y que tiende a entremezclar y unificar a los pueblos desde una visión única de la realidad. La tecnología y los medios de comunicación están en manos de las sociedades dominantes, que con sus poderosas agencias de prensa y publicidad, siguen “colonizando” al mundo, según sus intereses.

c. El individualismo se normaliza

Para que el sistema neoliberal funcione es necesario que la gente se guíe por sus intereses individuales y privados, y busque sólo su desarrollo económico (ganancia y lucro individual). El Estado, que debería actuar como custodio del bien común, poco a poco ha ido perdiendo su poder de intervención, hasta convertirse en apenas en un “aduanas” que gestiona el comercio, un “policía” presta a controlar, vigilar y reprimir, si hiciera falta, a quienes osen levantar su voz de protesta contra la propiedad privada. En este ambiente, los proyectos comunitarios y el bien común desaparecen; las utopías pierden sentido y la organización social es tachada de terrorista.

d. Nuevas relaciones personales y sociales

La globalización tiene una virtud: ayuda a interiorizar las interrelaciones personales y sociales. La globalización tecnológica y económica, en sí mismas, no construyen la unidad, pero ofrecen las condiciones para lograrlo. Desde este punto de vista, la esperanza cristiana de una humanidad reunida es posible. Hay que aprovechar lo positivo de este nuevo estado de cosas para humanizar y darle sentido a la globalización.

La globalización provoca un gran intercambio cultural en todo nivel, aunque ello conlleva el riesgo de que las culturas emergentes caigan en la homogenización e incluso la aniquilación. Por ejemplo, las culturas afro e indígenas corren el riesgo de disolverse o de ser asimiladas por otras culturas. Pese a este riesgo, no podemos cerrarnos a la cultura globalizada, porque ya está posesionada, pero debemos organizarnos para luchar por no perder nuestra identidad y aquellos valores ancestrales.

e. Un enfoque antropológico

Los seres humanos son seres de y para la comunidad; direccionados al diálogo y al compartir; solidarios por naturaleza; llamados a buscar constantemente su felicidad personal y familiar, y perfeccionarla en los quehaceres cotidianos. Pero también en los seres humanos anida el germen del egoísmo, del individualismo y de la segregación. Paradójicamente, derechos humanos como la libertad y la propiedad pueden llegar a justificar intereses y actitudes individualistas y excluyentes.



f. *Retos para la solidaridad*

Uno de los peligros más acuciantes de la globalización es la pérdida de identidad cultural. Sin embargo, el desafío está justamente en buscar formas creativas de revalorización, solidaridad y fortalecimiento de nuestras identidades culturales.



Hay que fortalecer la esperanza, por pequeña que sea; aprender a sobrevivir en los barrios, en las organizaciones populares, en las parroquias, en las cooperativas; animar el fortalecimiento de la minga, de la olla comunitaria, de la organización cotidiana. Estos son los primeros espacios y opciones que nos pueden ayudar a vivir

la solidaridad, especialmente con los excluidos, sin renunciar, ni perder de vista una esperanza mayor y más global: ¡el reinado de Dios!

Estar en el mundo sin ser del mundo. Los cristianos debemos optar por no pertenecer al sistema, por mantener la libertad interior de quienes no claudican de su esperanza en el Reino de Dios. No debemos dejar de creer que es posible organizar el mundo de otra forma, con otros valores, con objetivos más comunitarios. Creer que no hay otra alternativa, sería aceptar que hemos llegado al final de la historia, que el proyecto de Dios ha fracasado y que la vida ha empezado a extinguirse. ¡Y eso aún está muy lejos!

Debemos *crear nuevos estilos de relaciones interpersonales*, construyendo redes para un nuevo tejido social, que sea alternativo en estos tiempos de desarticulación y de resistencia.

2. *Estudio bíblico: 1Corintios 1,26-31*

a. *Ubicación de la perícopa dentro de la carta*

La Primera carta de Pablo a los Corintios tiene dos hilos conductores que son la claves para entender toda la carta: la crucifixión (1Cor 1,18-2,16) y la resurrección (1Cor 15,1-58).

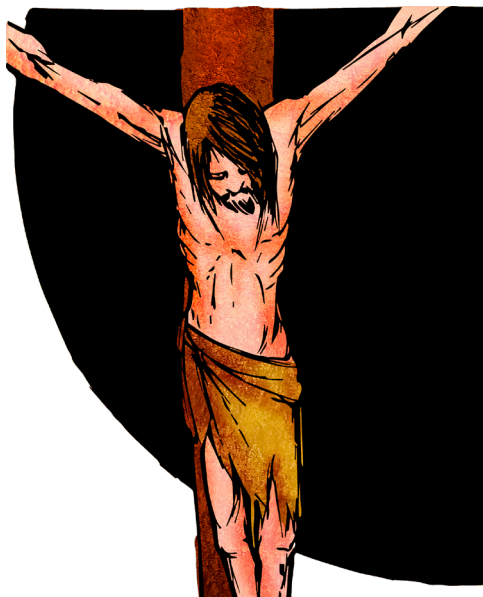
Nuestro texto de estudio es como una ilustración de la locura de Dios, y esa locura no es otra sino el mensaje de la Cruz: “Porque mientras los judíos piden milagros y los griegos sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo Crucificado, que es escándalo para los judíos y locura para los paganos. En cambio, para los que han sido llamados, sean judíos o griegos, se trata de Cristo que es fuerza y sabiduría de Dios. Pues lo que en Dios parece locura, es más sabio que los hombres; y lo que en Dios parece debilidad, es más fuerte que los hombres” (1Cor 1,22-25).

b. *Estudio del texto*

En los versículos 18 al 25, Pablo desarrolla el mensaje de la cruz, donde invierte los valores con que se mueve el mundo romano. Jesús recibe el título de Cristo (Mesías), y algunos oyentes entenderán que Cristo es un rey que ha venido

a imponer su reinado en todo el mundo, a través de la grandeza y el poder. Pero la cruz, para Pablo, significa todo lo contrario: expresa la debilidad, la necesidad de un Mesías asesinado. Así representa Pablo el poder y la sabiduría de Dios.

Dios ha convertido la muerte de Jesús en una fuente de vida: “salva a los que creen en Él” (1,21). En Jesús crucificado, a consecuencia del estilo de vida que llevó, Dios mismo se hace presente en el mundo para repartir su amor a los seres humanos que, aunque pecadores por definición, han encontrado misericordia en Dios, que desea deshacer el poder del pecado que los tiene atados. Jesús, el segundo Adán, en lugar de condenar a las personas, desea vivificarlas (1Cor 15,22.45). Dios acoge y salva a los que corresponden a la auto entrega de Jesús, uniéndose a Él por la fe. Esto significa que debemos dejarnos transformar a su imagen, en nuestra manera de ser y de actuar, imitando su libre y soberana decisión de abrazar la cruz. En cambio, a los que le rechazan, Dios los confirma en su perdición (1Cor 1,18-19) y los abandona a su propia “sabiduría”, con la cual no alcanzarán a conocer a Dios (1Cor 1,21).



Pablo muestra la locura de Dios a partir de la realidad que vive la comunidad de Corinto: “Hermanos, ustedes mismos son la prueba de lo que acabo de decir. Lo que Jesús hizo al identificarse con los débiles se ha repetido en ustedes. Dios los ha escogido a ustedes, que son tontos, necios y débiles; lo vil, despreciable, lo nada (1Cor 1,26-28). En la opción de Dios se expresa su grandeza, un poder que no se presta para favorecer a los poderosos; por el contrario, Dios, con toda su sabiduría, se pone de parte de las víctimas del sistema inicuo de este mundo. Pero, además, da una oportunidad a los poderosos: si quieren ser parte de la comunidad que presuman de Jesucristo y no de aquellos “valores” por los que se creen superiores (1Cor 1,31).

c. ¿Quiénes son los excluidos?

La forma como Pablo se dirige a la mayoría de los hermanos de la comunidad nos indica su origen social y cultural: ellos eran despreciables a los ojos de la sociedad vigente. “Lo vil, lo despreciable, lo que no es nada” (1Cor 1,28), “lo tonto o necio” (1Cor 1,27) significa, en efecto, lo plebeyo; seguramente eran esclavos, libertos y pobres, es decir aquellos que no tenían las cualidades estimadas por aquella sociedad, por ejemplo, tener conocimientos, cuotas de poder, ser de “buena” familia. Ellos eran los “no-persona” (1Cor 1,28), los excluidos de derechos y bienes, lo que experimentaban la marginación, no sólo material, sino también existencial,

despojados de su dignidad y constantemente amenazados en su autoestima... “¡ustedes no son nada!”.

En resumen, la iglesia de Corinto estaba formada mayoritariamente por los “débiles” de la sociedad, los que no tenían influencia, ni poder. Eran artesanos, esclavos, mujeres, pobres. Esta conformación no era muy distinta a la del resto de comunidades cristianas del siglo I.

d. ¿Cuál es la actitud de Pablo frente a los excluidos?

Pablo está convencido de que el mensaje de la cruz ha cambiado radicalmente la situación de los excluidos de la sociedad. Por eso les recuerda que ellos han sido elegidos por Dios para poner en vergüenza a los sabios y fuertes (1Cor 1,27); los “anulados” de la sociedad son ahora instrumento de Dios “para confundir a los que son algo” (1Cor 1,28).

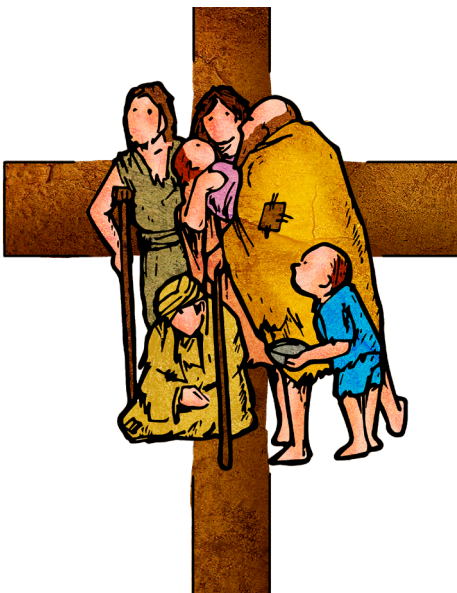
Pablo, a imitación de Jesús que siempre se rodeó de pobres y marginados (Mc 12,37), dedicó sus cuidados y preocupaciones a los hambrientos, discapacitados y marginados. En la carta a los Corintios, Pablo recuerda que no sólo hay que creer en Cristo Jesús, sino que hay que ser parte del cuerpo de Cristo. Ellos son los llamados a prolongar en la historia las acciones y actitudes de Jesús, aunque eso los lleve a ser mal vistos u hostigados por los poderosos de la sociedad.

Pablo llama a la unidad de la comunidad, por encima de todo tipo de división (teológica, ideológica, socioeconómica, raza, sexo y aun dones y ministerios). Les orienta a potenciar su eficacia como seguidores de Cristo en un mundo que los rechaza. A los de rango socioeconómico más alto, Pablo les exige asumir el mismo compromiso, con la mayor humildad. Por eso, sus regaños y correcciones recaen sobre los ricos.

Recordando el liderazgo ejercido por ellos en la comunidad y en el pueblo, Pablo insistirá en que ejerzan un servicio para los otros y que aprendan a identificarse con ellos, ya que ante Dios no pueden jactarse de su propia condición (1Cor 1,29).

Al afirmar que Cristo es la salvación de todos, Pablo rompe con la doctrina de que sólo la práctica de la Ley podía salvar a las personas. A partir de ahora, la acogida de los excluidos es fundamental para las nuevas relaciones sociales.

En resumen, Pablo mismo cruzó, de manera espontánea, la barrera de lo propiamente judío para llegar al ámbito de lo social, económico, político, cultural y sexual grecorromano. Por eso tiene el valor de afirmar que en Jesucristo no hay amo ni esclavo, mujer ni varón, judío ni griego.



3. Aplicación pastoral

Dentro y fuera de la Iglesia los cristianos somos llamados a ponernos del lado de los que no son bien vistos, los que carecen de poder, los que son amenazados en su sobrevivencia material o espiritual. El reto cristiano es estar de parte de los débiles y excluidos, aun conscientes de que eso atraerá a personas y/o grupos que harán resistencia, perseguirán, atacarán, porque su tarea es estar de parte de aquellos que tienen el poder y se consideran “superiores”, según los cánones del mundo. Recordemos que tampoco fue fácil para los pocos “sabios, fuertes y nobles” de la iglesia de Corinto.

Si por la “locura de la cruz” Dios escoge a los débiles, es para trastocar los valores de este mundo. Los excluidos encuentran aceptación en Dios y solidaridad en la comunidad cristiana. Dios exige de los que nos llamamos cristianos, que luchemos contra la marginación social y mental, permitiendo que los excluidos participen plenamente, de la comunidad, dotados del Espíritu Santo. Esto hará visible la voluntad de Dios de que no haya un esquema de valores que deshumanicen a las personas.

Pablo nos llama hoy a examinar nuestras acciones evangelizadoras, el mensaje que predicamos y el estilo de vida que mostramos. Si el anuncio del Evangelio no nos incomoda, ni incomoda a los oyentes, tal vez lo que anunciamos no alcanza la medida paulina de la cruz. La auténtica evangelización nos invita a creer en un Cristo que lleva las marcas de la cruz. La iglesia es auténtica cuando demuestra, dentro y fuera, su identificación con Dios y con los débiles.

EL TRABAJO SOLIDARIO

Pablo, un apóstol trabajador

(1Tesalonisenses 2,9-10; 4,9-12)

Introducción

Cuando se habla sobre el trabajo, casi todos dicen algo parecido a “no hay trabajo”, “el sueldo no alcanza”, “todo está caro”, “no me pagan lo suficiente”. Para hablar de trabajo también tenemos que hablar de dinero y economía, y allí siempre aparecerá el tema de la pobreza.

Según el Instituto Nacional de Estadística y Censos (INEC) los indicadores de pobreza en el Ecuador, a diciembre de 2024 eran de un 28%, dos puntos porcentuales más que en diciembre de 2023. Esto significa que 5,2 millones de personas en el país tenían ingresos menores a USD 91,43 al mes. Cuando se habla de Pobreza por Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI), a diciembre de 2024, la tasa fue de 32,4% a nivel nacional, siendo de 23,8% en el área urbana y 50,8% en el área rural.



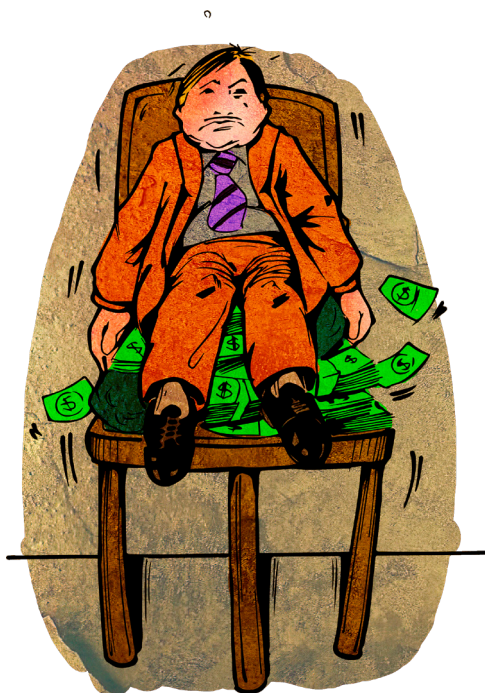
La falta de trabajo, de una vida digna y la extrema pobreza son producidas por un estilo de relaciones económicas que se ha impuesto en la sociedad actual, y que se parece mucho al que tuvieron que enfrentar las primeras comunidades cristianas, en el mundo grecorromano durante el siglo I. Aquella realidad y la nuestra presentan problemas que deben ser enfrentados desde nuestra misión cristiana de construcción del Reino de Dios.

En los textos que estudiaremos, Pablo les recuerda a los tesalonisenses su propia vida como trabajador en medio de ellos, y les recomienda que hagan lo mismo, es decir, que trabajen con sus propias manos. Esta recomendación se repetirá en 2Tesalonisenses 3,6-12.

Trabajar con las propias manos es la opción irrenunciable de los seguidores de Jesucristo. Así, el trabajo en la vida y la enseñanza de Pablo no es casual, sino una opción fundamental de solidaridad y fe, en medio de una sociedad y cultura que tenían su propia forma de pensar y de organizar el trabajo. Esta es una opción que sigue siendo válida para los cristianos de hoy.

1. La economía y el trabajo

Generalmente, se nos ha enseñado que la economía es el arte, el conjunto de métodos para administrar los escasos recursos existentes, para la supervivencia y el desarrollo de la vida humana de las sociedades. Pero desde hace mucho tiempo, con la conquista y colonización de América hemos visto que los recursos (tierra, agua, tecnología, capitales) se han ido acumulando en pocas manos. Actualmente los dueños de esos recursos dicen que la economía es *el conjunto de métodos para administrar los recursos, gastando poco para ganar mucho*, es decir, para acumular más capital. Lo que se busca no es la vida de las personas, sino la acumulación y bienestar de pocos.



Cuando lo importante es el beneficio propio, la acumulación y el lucro, es natural que se crea que es necesario eliminar gastos, para ganar más. La tecnología y la industrialización han ayudado a producir más, a vender más, a ganar más y a acumular más dinero y poder, sin pagar buenos sueldos. Más aún, el trabajo que correspondería a dos o más personas, hoy lo hace una máquina; al trabajador se le exige como si fuera una máquina, y se le paga menos. Esto significa despidos, trabajo inhumano o menos trabajo, menos sueldos, vida más cara, miseria.

El gobierno tiene la responsabilidad de velar por el bienestar de sus ciudadanos, y para ello establece leyes que aseguren buenas condiciones de trabajo, para vivir con dignidad. Pero las leyes no funcionan bien, sea porque los empleados públicos y algunos represen-

tantes de los trabajadores se corrompen, o sea porque algunas personas o grupos poderosos se han apoderado de las funciones decisorias del gobierno.

De esa manera se ha ido eliminando al Estado y su responsabilidad de guardián de los derechos y dignidad de sus ciudadanos. Los últimos gobiernos en nuestro país se han desentendido de sus responsabilidades, cediéndolas a empresas privadas, a las que se da más libertad para que realicen sus actividades de acumulación de riqueza y poder.

Incluso se llega a pensar que la dignidad de las personas depende de su poder económico; no se acepta la idea de igualdad, sino que se impone la idea de que somos, necesariamente, distintos y desiguales. Casi se ha vuelto un dogma creer que todas las personas tienen un precio y pueden ser compradas.

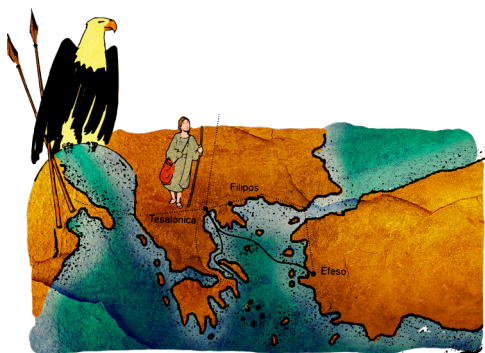
2. Estudio bíblico: 1 Tesalonisenses 2,9-10; 4,9-12

La primera carta a los tesalonisenses es el primer texto escrito por Pablo, y además el primer texto del Nuevo Testamento, apenas 20 años después la muerte de Jesús. Esta carta, al ser testimonio del pensamiento de Pablo y de la vida de las primeras comunidades nos ayuda a entender la sociedad y cultura en esa época y lugar.

Antes de entrar a nuestro texto conozcamos un poco mejor la ciudad de Tesalónica y la comunidad cristiana que vivía allí, y su relación con Pablo.

a. La ciudad de Tesalónica

Los romanos conquistaron la antigua ciudad griega de Tesalónica en el año 148 a.C., y la nombraron capital de la provincia de Macedonia. La ciudad conservó su cultura griega y su forma de organización social y política, pero ahora al servicio de Roma. Por eso, esta ciudad tenía gran importancia política, comercial y militar, pues allí se unían las rutas terrestres y marítimas que salían y entraban del Imperio. El camino que unía Roma con Oriente pasaba por Tesalónica, y el camino que venía de la frontera nororiental del Imperio llegaba a la ciudad y de allí se dirigía a Asia y Roma. Desde el puerto, por el sur, se llegaba a Atenas, Corinto o Éfeso, y por tierra hacia el norte se llegaba a Antioquía y Jerusalén.



Su industria se movía en torno a la elaboración de la púrpura para teñir telas. Esta actividad era muy conocida. Su puerto servía para el comercio de esclavos, especialmente para las minas de Filipos y para la fabricación de telas, aceite, mármol, maderas preciosas, etc. Este era uno de los pilares del comercio marítimo en esa zona del Imperio.

Había allí muchas culturas, costumbres y religiones cohabitando. La más fuerte era la cultura griega, de la cual dependía el sistema de gobierno de la ciudad. En esta sociedad y cultura grecorromana, el trabajo manual era una ocupación propia de esclavos y no de ciudadanos libres. Los griegos soñaban con una vida tranquila, dedicada al estudio, la meditación y la filosofía. Por eso acogían y mantenían a los filósofos y predicadores que no trabajaban con sus propias manos.

b. La comunidad cristiana de Tesalónica

Durante su segundo viaje misionero (Hch 15,36-16,12), Pablo fundó una comunidad en Filipos, que fue la primera en Europa. Allí fue azotado y encarcelado, y luego de ser liberado, junto a sus compañeros de misión, partió a Tesalónica, poco antes del 50 d.C. “Acabábamos de ser maltratados e insultados en Filipos” (1Tes 2,1; cf. He 16,12-40); “durante mi permanencia en Tesalónica me mandaron dos veces todo lo que necesitaba” (Flp 4,16; cf. 2Cor 8,1-6; 11,8s; Rom 15,26). Esto

nos indican que la estancia de Pablo en Tesalónica fue de muchas necesidades económicas.

“Hermanos, les tocó seguir el ejemplo de las iglesias de Dios que están en Judea, pues ustedes han sufrido de parte de sus compatriotas, los mismos malos tratos que ellos sufrieron de parte de los judíos” (1Tes 2,14). Esto nos indica que la comunidad estaba compuesta fundamentalmente por no judíos, y que su estilo de vida comenzaba a ser una molestia para el sistema cultural, social y político, tanto griego como romano (1Tes 1,9; Hch 17, 6-9).



c. *Pablo se convierte en trabajador*

Como ya dijimos, para Pablo el trabajo era su propia fe puesta en práctica, en medio de unos conflictos concretos. “Trabajar con las propias manos” es una característica propia de los seguidores de Cristo, que quieren ser coherentes en medio de la sociedad. Pablo nos enseña, no sólo en su carta a los tesalonicenses, sino con toda su vida que el trabajo dignifica a los cristianos.

Antes de conocer a Cristo, Pablo no necesitaba trabajar, pues era un “ciudadano romano”, aunque no sabemos si lo era por nacimiento o por herencia (Hch 16,37; 22,25-28). Seguramente su padre o su abuelo había conseguido comprar la ciudadanía romana, y el derecho a heredarla. Es decir, su familia era más o menos rica, puesto que su padre debió ser dueño de un taller, con empleados, y allí posiblemente Pablo aprendió a fabricar carpas (Hch 18,3), no para tener un medio de vida como empleado, sino para administrar el taller como propietario.



Con su conversión, Pablo abandonó su posición social cómoda y entró en otra llena de vicisitudes. De dueño de una empresa, con empleados y esclavos, pasó a ser un empleado asalariado, con aspecto de esclavo. “Por causa de Cristo lo perdí todo” (Fil 3,8). Perdió a sus amigos y clientes judíos, que lo odiaban y querían matarlo (Hch 9,23). Cuando fue enviado a la misión por la comunidad de Antioquía (Hch 13,2-3), Pablo empezó a llevar una vida errante durante más de doce años, sin domicilio, ni taller y sin posibilidad de conseguir una clientela fija. Por eso tuvo que buscar una nueva manera para sobrevivir.

d. *Tres posibilidades para sobrevivir*

Según la costumbre de los filósofos y misioneros ambulantes de la época había tres posibilidades para ganarse la vida: 1. Cobrar por su enseñanza; 2. Recibir limosnas, luego de un discurso (pocos hacían esto); 3. Emplearse como profesor en casa de alguna familia rica, dependiendo de ella (la mayoría hacía esto). Ninguna de las tres opciones implicaba *trabajar con las propias manos*.

e. *La opción de Pablo: “trabajar con las propias manos”*

Pablo no aceptó ninguna de estas tres opciones detalladas, pese a que reconocía el derecho de él y de sus compañeros a recibir un salario por el trabajo que hacían en favor de la comunidad (1Cor 9,4-14). Pero no aceptó ningún reconocimiento monetario por su labor misionera, pues quería predicar gratuitamente (1Cor 9,18; 2Cor 11,7); no quería depender de la comunidad, ni ser un peso para ella (1Tes 2,9; 2Tes 3,8; 2Cor 11,9; 12,13-14; Hch 20,33-34). Y hacía de esto por una cuestión de honra, ¡un título de gloria! (1Cor 9,15). Solamente aceptó una ayuda puntual de la comunidad de Filipos (Flp 4,15-16; 2Cor 11,9).



Si Pablo hubiera vivido como otros predicadores, hubiese tenido alimento, protección, prestigio y poder; hubiese llegado muy alto entre los sabios de la época. Pero eso no habría sido fidelidad a Jesucristo. Anunciar el Evangelio y vivir del trabajo de sus propias manos era vivir y evangelizar al estilo de Jesús.

f. *Un trabajador que anuncia el Evangelio*

El trabajo manual modificó las condiciones de vida de Pablo (1Tes 2,9; 2Tes 3,7-9; Hch 20,33-34; 1Cor 4,12). Trabajar marcó la forma de cómo enseñar, a quiénes dirigirse, el lugar desde donde se debía anunciar el Evangelio. La gran masa urbana en aquel tiempo era de esclavos y pobres que trabajaban con sus propias manos. Fueron especialmente ellos los que formaron las primeras comunidades cristianas (1Cor 1,26; 2Cor 8,1-2).



El salario de Pablo no debió ser alto, pues trabajaba día y noche para vivir (1Tes 2,9; 2Tes 3,8); él habla de cansancio (1Cor 4,12), vigiliass, y horas extras (2Cor 6,5; 11,27). Aun así, pasaba necesidades (2Cor 11,9), no podía comprar comida y ropa, pues habla de que pasaba hambre y desnudez (2Cor 11,27). Pablo vivía como

un indigente (2Cor 6,10) que no tenía, ni quería, otra fuente de ingresos que no sea su trabajo. Sólo una vez aceptó la ayuda de la comunidad de los filipenses (Fil 4,15; 2Cor 11,8-9). Pero, cuando era necesario asistir a los hermanos necesitados, entonces no tenía problemas en pedir ayuda. Por ejemplo, para los pobres de Jerusalén (1Cor 16,1-4).

El taller para confeccionar carpas era también un espacio para conversar. Los amigos de Pablo iban a buscarlo allí para dialogar. Incluso llegaron a conservar algunos recuerdos, por ejemplo, de los delantales que Pablo utilizaba en el trabajo (Hch 19,12). Así, Pablo consiguió un trabajo en Corinto (Hch 18,3), junto al matrimonio de Priscila y Aquila. Pero en Éfeso parece no haber tenido tanta suerte, pues desde allí escribe: “Nos fatigamos trabajando con las propias manos” (1Cor 4,12). Desde temprano en la mañana, hasta bien tarde en la noche, Pablo tenía que esforzarse en su trabajo para lograr sobrevivir (1Tes 2,9; 2Tes 3,8).

Pablo era realmente un apóstol trabajador: “Saben cómo deben imitarnos: mientras estuvimos entre ustedes no estuvimos ociosos, ni pedimos a nadie el pan que comimos; por el contrario, trabajamos con fatiga y esfuerzo, noche y día, para no ser un peso para ninguno de ustedes. No porque no tuviéramos derecho a ello, sino porque quisimos ser un ejemplo para que nos imitaran. De hecho, cuando estuvimos entre ustedes les dimos esta norma: quien no quiere trabajar, que no coma” (2Tes 3,7-10; cf. 1Tes 2,9). Mas o menos, lo mismo escribe a los hermanos de la comunidad de Corinto (1Cor 9,14-15; 2Cor 11,9) y de la comunidad de Filipos (Flp 4,17).

En ese tiempo, todos los cristianos conocían del testimonio solidario de Pablo, pero, con el correr de los siglos, muchos lo hemos olvidado y hemos olvidado que el trabajo pastoral debe ser solidario y no oneroso para las comunidades.

3. Aplicación pastoral

Pablo, al convertirse a Jesucristo, se volvió un trabajador, pero él no vivió su nueva situación de pobre y asalariado como una maldición, como creían los griegos y romanos, sino como una forma de ser discípulo de Jesús; comprendió que sólo siendo trabajador podía llegar a los pobres, aquellos por los que vino Jesús. Pablo vivió, justamente, de la forma que Roma odiaba: como pobre entre los pobres, como trabajador entre los trabajadores. Pablo vivió la solidaridad y enseñó que ese era el camino, la verdad y la vida. Era la solidaridad que Jesús había pedido.

Pablo nos enseña que debemos procurar eliminar la pobreza, y que la primera acción es la solidaridad real y efectiva, no discursos, ni palabras bonitas, sino dando testimonio con la propia vida, con una actitud fundamental en el corazón: el Reino llegará cuando seamos un pueblo de iguales.

No hay que trabajar para acumular riquezas, poder, prestigio, honor, etc., sino para devolverle al trabajo su verdadero sentido: colaborar con la obra de la creación, esforzarse por construir un lugar donde todos tengan vida abundante y digna, donde vivamos como hermanos, hijos de un mismo Dios.

EL MUNDO ES NUESTRO HOGAR

El hombre debe cultivar y cuidar el jardín

(1Corintios 12,12-26)

Introducción

En el Tema 2 vimos que, debido a las divisiones en la comunidad de Corinto, las relaciones de Pablo con esos hermanos eran tensas y conflictivas. Pablo, para defender su ministerio, hizo una explicación detallada de sus motivaciones apostólicas. En el texto que estudiaremos ahora Pablo enfrenta el problema de las divisiones, y hace un llamado a la unidad de todos los cristianos, formando un solo cuerpo con Cristo.

Ayudados por la comparación del cuerpo que utiliza Pablo, queremos tratar un problema muy grave que se vive en la actual sociedad permeada por la cultura del neoliberalismo: la crisis ecológica, es decir la ruptura que el mundo ha hecho con el Plan de Dios; de la unidad, armonía y solidaridad que debemos vivir como humanidad, hemos pasado a una serie de islas, cada uno pensando en su interés particular. Cabe, pues, volver sobre la profunda propuesta de Pablo de esforzarnos por vivir todos como miembros de un mismo cuerpo, cuya única cabeza es Jesucristo.

1. Nuestra situación actual

La sociedad y las culturas actuales tienen una forma concreta de entender las relaciones entre las personas, según sus propios valores, que son fundamentalmente económicos. Pero hay otra forma de entender las relaciones humanas: viviendo en armonía con la naturaleza.

El estilo de relaciones hegemónico utiliza los avances tecnológicos para apuntalar la acumulación y el lucro, sin tomar en cuenta la vida humana ni el sano ambiente, necesarios para que la vida de todos sea digna. Los medios de producción como la tierra, el aire, el

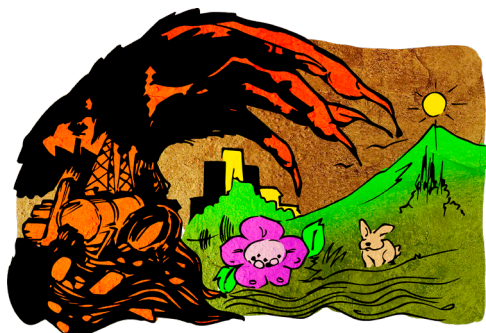


agua, las plantas, los animales, etc. son vistos como meras cosas que deben ser explotadas desde ese fin acaparador y lucrativo, sin importar su destrucción y los efectos que conllevan esa sobre explotación.

En el centro del sistema no están las personas y los pueblos, con sus necesidades, sino el mercado y el consumo, a los que todo y todos se deben someter. La lucha por la vida de todos y por los derechos de la naturaleza es vista como un obstáculo, pues el gran mercado no puede ser competitivo si invierte sus recursos en aquello que no le da réditos. La consecuencia de esto es la exclusión y una preocupante crisis ecológica.

a. La crisis ecológica

La crisis ecológica no es una mera crisis coyuntural, sino estructural. Y sus consecuencias ya se sienten: destrucción irreversible de la capa de ozono, aumento alarmante del carbono en la atmósfera, sobrecalentamiento planetario, contaminación, lluvias ácidas, pandemias, nuevas enfermedades, etc.



En este contexto generalizado, los seres humanos aparecen en el mundo como déspotas, como “señores y dueños de la naturaleza”. Pero es posible construir seres humanos distintos, que sean conscientes de su misión como administradores responsables del mundo, servidores de la vida.

La ecología, consciente de los efectos del desarrollo social e industrial, ha pasado de la defensa de las especies amenazadas o de la creación de nuevas reservas naturales, a una lucha planetaria, mostrando que no sólo están amenazadas las especies o ecosistemas, sino también toda la humanidad. Es la totalidad de la creación, la que está enferma y debe ser atendida y curada.

Tras siglos de confrontación y explotación indiscriminada de la naturaleza, los seres humanos están buscando su camino de retorno a la casa común, a la patria grande, a la buena y fecunda tierra. Se trata de inaugurar con la creación una nueva alianza, basada en el respeto, la solidaridad y la hermandad.

b. La tierra es vida, la tierra es madre

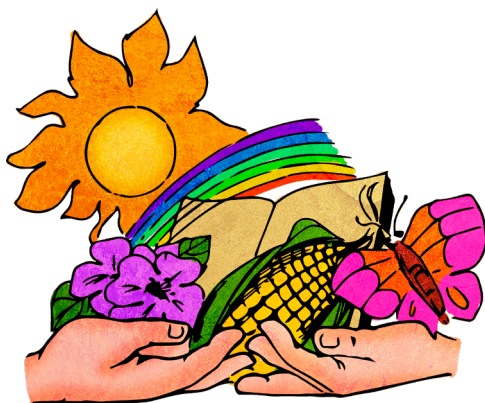
Las culturas indígenas han hecho un gran aporte al tema de la ecología. Para ellos, la tierra asume una dimensión profunda y dinámica donde encuentran sus raíces humanas, religiosas y sociales. La tierra no se compra ni se vende. En ella se vive, porque es fuente de subsistencia, raíz de la organización familiar y comunitaria y fuente de las relaciones con Dios. La tierra genera la vida, ella misma es vida, y por ello los pueblos indígenas aman la tierra, la respetan y la protegen comunitariamente. Siendo que la vida es sagrada, destruir la vida es destruirnos a nosotros mismos.

La madre tierra es una deidad típica de la región andina. Su culto fue el más importante dentro de la religión popular indígena, incluso más que el sol y los otros

dioses incas. Para los campesinos indígenas no es solamente útil, sino un modo de vivir, un ambiente de vida. El hombre es una planta más del paisaje, fijado a la tierra y dependiente de ella. La relación hombre-tierra es una coexistencia de tipo familiar, un compañerismo vivencial entre la tierra, las plantas, los animales y los hombres. Dicho de otro modo, hay una comunión vivencial entre el hombre y toda la naturaleza. Pacha es una fuerza vital de la naturaleza, benigna y envolvente; la Pachamama es intuita como un gran seno materno, que es fecundo y que cobija a todos los seres vivientes, proporcionándoles el sustento necesario para subsistir.

El cultivo de la tierra se hace con inmenso respeto. Se tiene el sentimiento de actuar en un ser vivo y querido, pero peligroso. Por ello, en lo más íntimo del ser humano, vender, dividir o alterar el ritmo natural de la tierra es algo pecaminoso, algo que profana su maternidad y, por ello, ella puede vengarse. La acción del hombre, aunque necesaria, es secundaria; él se limita a fecundar el seno materno.

La visión indígena de la tierra y el neoliberalismo son opuestos. “Sabemos que el hombre blanco no comprende nuestra forma de vida. Para él un pedazo de tierra es igual a otro, porque él es un extraño que viene de noche y roba de la tierra cuanto necesita. La tierra no es su hermana, sino su enemiga; y, después de sacarle el jugo, se va a otra parte. Su ganancia empobrecerá la tierra y dejará tras de sí los desiertos” ... Pero, para la visión indígena, la tierra es don de Dios, regalo para todos, y no sólo para algunos.



c. *La visión bíblica*

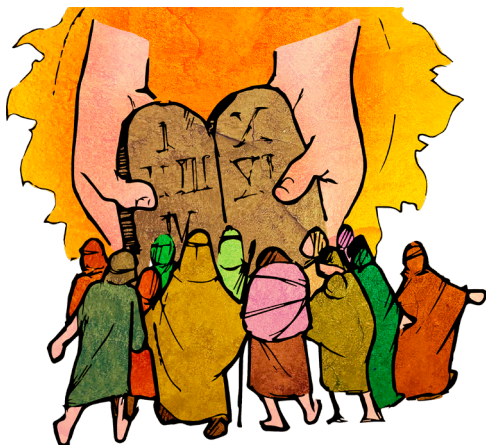
La persona es parte de la tierra (Gen 2,4-15). En la Biblia, el ser humano es el centro de la creación; él se realiza en una relación íntima entre él/ella y la tierra (Gen 2,7). El jardín aparece plantado alrededor de la persona. El ser humano es parte de la tierra, ‘polvo de la tierra’. Lo que Dios va a edificar en torno al ser humano es un mundo donde transcurre su vida: el terreno cultivado, el jardín, los animales. La relación íntima entre la persona y la tierra se expresa de modo especialmente concluyente con las palabras: “cuidar y cultivar”. Cuidar es la acción protectora que el labrador dedica a las plantas y los árboles; cultivar expresa la dimensión productiva que tiene que ver con la atención a las necesidades del propio labrador.

La relación del hombre con los animales es de profunda ternura. Son parte de la vida de las personas. En Génesis 2,18-20, personas y animales son tan similares, que Dios llega a buscar entre ellos la ‘compañera’ para el varón. Así, es bastante claro que nosotros, los seres humanos, somos hermanos de los animales.

La tierra es tierra de la promesa. Los inicios del pueblo de Dios están unidos a la promesa de una prospera descendencia y a la posesión de una tierra fértil, por medio de la cual, Dios se manifestará como Dios protector. En esa tierra prometida

el pueblo podrá vivir libremente (Gén 15,7-12,17s; 12,6ss). Esta tierra, extensa y fértil, es propicia para la ganadería (leche) y la agricultura (miel) y quedará para siempre como una utopía a alcanzar.

La tierra y la Ley de Dios. Para Israel, la tierra es un don de Yahvé. El pueblo no podía utilizar la tierra de cualquier modo, sino que debía recordar siempre que ella era un medio para relacionarse con su Dios. La tierra es tierra de la Alianza; su posesión está condicionada a la Alianza. El pueblo de Israel era como un arrendatario en la tierra de Dios; podía trabajarla, cultivarla y habitarla, pero no venderla. “La tierra no puede venderse para siempre, porque la tierra es mía y ustedes están en mi tierra como forasteros y huéspedes” (Lev 25,23). Como señal de aceptación de que la tierra era de Dios, la Ley mandaba consagrarle las primicias y darle descanso en el año sabático (Ex 23,11.19).



Opción por los pobres, opción por la tierra. La opción por los pobres, en contra de su pobreza y en favor de su liberación y dignidad, es la opción preferencial de la Iglesia que quiere ser fiel a Jesús. La opción por los pobres incluye a los seres más amenazados de la creación, entre ellos la misma creación. El desafío es inaugurar una nueva alianza con la creación, parecida a la que Dios estableció con Noé: “pondré mi arco iris en la nube y él se convertirá en una señal de la alianza entre mí y la tierra... alianza eterna entre Dios y los seres vivos, con toda la carne que existe sobre la tierra (Gén 9,13ss).

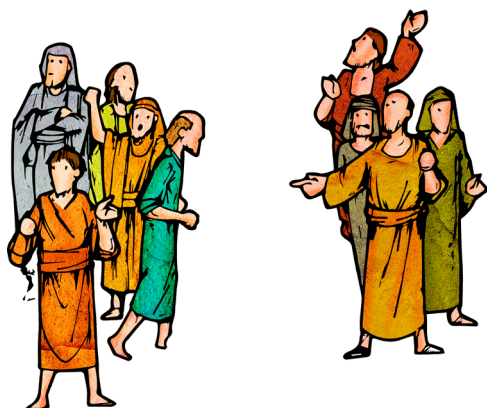


Los seres humanos deben traducir esa alianza con la tierra mediante relaciones de solidaridad y profunda veneración por el misterio que cada creatura revela. Entonces habrá una liberación integral del ser humano y de la tierra. Y en lugar del grito del pobre y de la tierra, habrá una celebración común de los redimidos y libertos.

2. Estudio bíblico: 1 Corintios 12

En este texto, el problema que enfrenta Pablo es la división de la comunidad en partidos, a favor o en contra de uno u otro misionero: Pablo, Apolo, Cefas. Algunos, influenciados por falsos apóstoles, ponían en duda la autenticidad del apostolado y enseñanza de Pablo.

a. Una iglesia dividida



Los dones o carismas del Espíritu Santo son concedidos a la comunidad, para que sean testimonio visible de la presencia del Señor, y garantía de su compañía y motivación en la tarea de construir la comunidad.

El problema con la joven comunidad de Corinto es que no había logrado alejarse del todo del paganismo, y constantemente siente la tentación de darle mayor valor a las manifestaciones espectaculares, lo que desorganizaba y dividía aún más a la comunidad. Pablo

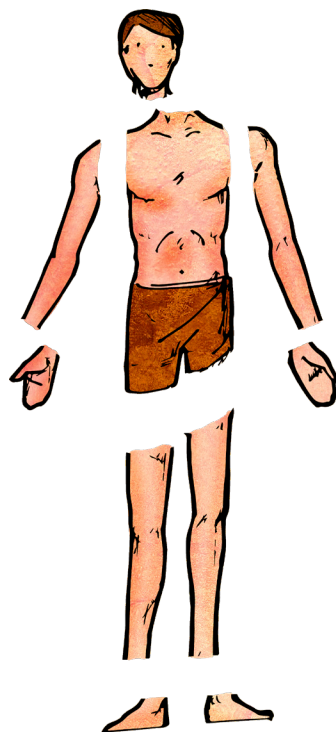
reacciona a esta situación dejándole claro a la comunidad de que los carismas han sido dados para el bien de todos los hermanos, por lo que esto no debería ocasionar ninguna forma de rivalidad.

La unidad en la diversidad es necesaria en la Iglesia, como la unidad de los órganos en una entidad. Para ello, Pablo presenta a la comunidad la comparación del cuerpo y sus miembros, imagen muy conocida en la antigüedad.

b. La comparación del cuerpo

La unidad de los miembros del cuerpo se da en medio de la diversidad. Del llamado a la responsabilidad depende el buen funcionamiento de todo el cuerpo. Unidad significa reconocer la dignidad del otro, respetar sus características y apoyar su misión particular. La solidaridad está íntimamente ligada a la unidad; el amor se visibiliza en la unidad; la sensibilidad humana ante el dolor, la pobreza y la incapacidad humana para dar respuestas a las necesidades básicas, tienen su punto de sanación en la unidad.

La solidaridad dignifica nuestra convivencia y supera la violencia que destruye la vida fraterna. Por eso, sólo en la unidad se logra erradicar del co-



razón la lógica de los intereses individualistas y egoístas, el uso indiscriminado de la fuerza y la agresión como medios comunes y fáciles para resolver los conflictos. La unidad ayuda a diluir el desprecio, la indiferencia y el desinterés.

Por otro lado, la solidaridad es la que nos permite proteger, cultivar y conservar valores como el respeto por la vida, la libertad, la justicia, la tolerancia, la acogida de los derechos humanos, la honestidad y la protección a los débiles, entre otros.

Estamos llamados a defender la vida en sus diversas expresiones, siendo, como cristianos, responsables del destino de las personas, las sociedades, las culturas, la creación. Todos queremos vivir con dignidad, como hermanos en Cristo, hijos del mismo Padre de amor.

3. Aplicación pastoral

El destino de las sociedades humanas es inseparable de los ecosistemas naturales. La vida en nuestro planeta es una intrincada red de relaciones en una frágil armonía de diversos ecosistemas y especies, incluida la especie humana, cuyos actos y estructuras están estrechamente relacionados, conformando aquello que llamamos naturaleza, a la que no debemos explotar, ni dañar.

Si queremos una humanidad solidaria, en armonía con la naturaleza, debemos trabajar en una nueva ética ecológica.

Las culturas derivadas del productivismo han tenido, a lo largo de la historia, unas relaciones insensibles e insensatas con la tierra y los demás seres vivos. Hoy sabemos que las acciones humanas y las estructuras sociales, si no se regulan con sensibilidad, respeto y solidaridad, terminarán por perturbar seriamente el equilibrio de la biosfera. Y eso terminará destruyendo el Cuerpo de Cristo

Todas estas intenciones y anhelos se concretan, entre otros, en los siguientes puntos:

El disfrute de un medio ambiente en óptimas condiciones, lo que es un derecho para todos los seres humanos, que debe hacerse efectivo para el conjunto de la humanidad, hasta permitir que haya un bienestar socioeconómico que satisfaga sus demandas lúdicas, culturales y psicológicas, y asegure una decente calidad de vida para las generaciones futuras, que merecen también disfrutar de la obra de Dios.

Un medio ambiente sano y diverso es una necesidad social de primer orden, que debe modelar cualquier política de desarrollo. La economía debe necesariamente pasar por cambios profundos para dejar de ser ciega, como lo es hoy y pueda reconocer los impactos que está produciendo sobre el medio ambiente. La escasez o abundancia de recursos depende de la toma de conciencia que hagamos hoy. Debemos contemplar el desarrollo humano y la satisfacción equitativa de necesidades humanas, superando la torpe obsesión por un crecimiento ilimitado.

EUCARISTÍA, CELEBRACIÓN DE LA SOLIDARIDAD

Este es mi cuerpo entregado por ustedes, hagan esto en memoria mía

(1Corintios 11,17-34)

Introducción

A partir de la vida de las primeras comunidades cristianas, según nos ha transmitido el Nuevo Testamento, en especial las cartas paulinas, descubrimos que el sentido de la Eucaristía se fue enriquecido de varias maneras: con una dimensión cristológica (presencia real de Cristo), una dimensión pascual (actualización del misterio), una dimensión escatológica (signo y anticipo de la paz y unidad definitiva), una dimensión eclesial (signo de solidaridad) y una dimensión ético-moral (compromiso permanente con los hermanos). En este último tema trataremos las dos últimas dimensiones.

Entender la Eucaristía como “comida compartida” y “acto comunitario”, es reconocer que el sacramento de la Eucaristía implica compartir la vida, las luchas, los sueños, la misma solidaridad que tuvo Jesús con todos los que se acercaban a Él. Todo esto implica el sacramento de la Eucaristía.

Para Pablo, la Eucaristía era la exigencia más fuerte de la hermandad y de la comunión eclesial. Por eso, amonestaba duramente a los corintios, pues ellos han convertido sus reuniones comunitarias en verdaderas “anti-eucaristías”.

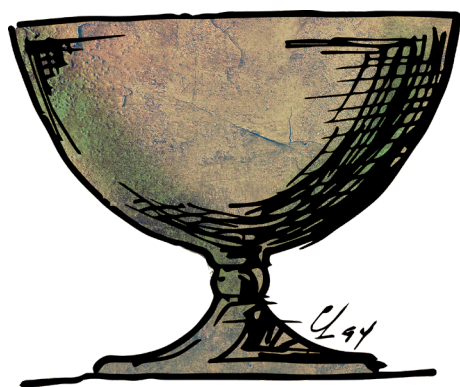
Propiamente, la Eucaristía es participar todos del mismo pan y de la misma copa, sentados en torno a la misma mesa, unos al lado de los otros, sin fijarse en ningún tipo de categorías, evitando que los pobres sean discriminados (1Cor 11,20-22). Sin embargo, en la comunidad de Corinto, cada uno comía de lo suyo y organizaba la fracción del pan de acuerdo con sus intere-



ses, sin esperar a que llegue el resto de los hermanos.

1. La comida compartida

El tema de la Eucaristía en el texto que hemos escogido para este último tema nos presenta varias características: el uso insistente de los verbos “comer y beber”, al igual que las palabras “pan y copa”, lo que nos muestra que comer y beber no es algo ocasional. Para los primeros cristianos la Eucaristía era, pues, esencialmente una *comida*.



Esta comida eucarística se caracterizaba por ser *compartida*, porque en ella los comensales comían del mismo pan, que se partía y se repartía entre todos (Mt 26,26; Mc 14,22; Lc 22,10; 1Cor 11,24); y todos bebían de la misma copa, que pasaba entre todos los comensales (Mt 26,27; Mc 14,23; Lc 22,20; 1Cor 11,25). Este gesto de compartir la comida y la bebida se reafirma cuando se habla de la Eucaristía como “fracción (*partir*) del pan”. “Partir el pan” con otras personas era fundamental en la

experiencia eucarística de las primeras comunidades cristianas.

a. Las comidas de Jesús

El hecho de que Jesús instituyera la Eucaristía durante una comida, una cena de despedida, nos indica que para Él y para su comunidad esta práctica era algo muy significativo. Los evangelios nos informan de varias comidas en contextos casi siempre polémicos, unas veces porque Jesús y sus discípulos no se ajustaban a las normas rituales y religiosas de los judíos observantes (Mc 7,2-5; Mt 12,21; Jn 18,28); otras porque compartían la mesa con pecadores y gente indeseable (Mc 2,16; Lc 15,2). E incluso hubo ocasiones en que se les criticaba porque no ayunaban en los días prescritos (Mc 2,17-18); a veces también porque sus enemigos lo acusaban de ser comilón y bebedor (Mt 11,18-19). Des-



de el punto de vista religioso, comer no era algo sin importancia para la sociedad judía en la que vivió Jesús.

Jesús y su grupo de discípulos rompieron con el sentido que el sistema religioso judío daba a las comidas, y le dieron una nueva orientación revolucionaria. Según la mentalidad judía, compartir la mesa significa solidarizarse con los comensales. Cuando Jesús come con la gente que el sistema social y religioso rechaza, está señalando que Él también rechaza aquel sistema, y que sus comidas son solidaridad con los despreciados: “Cuando des un banquete invita a los pobres, lisiados, cojos y ciegos; y dichoso tú entonces, porque no pueden pagarte, te pagarán cuando resuciten los justos” (Lc 14,13-14.21).

b. *El simbolismo de la comida*

La cena eucarística se comprende desde la práctica de las comidas de Jesús y sus discípulos y desde el sentido de la cena pascual judía. Por eso, la cena eucarística tiene un simbolismo concreto: la Alianza y la vida compartida. La comida es fuente de vida, la mantiene y la fortalece. Además, es el fruto de la vida porque es el producto del trabajo y de la misión compartida. Compartir la comida es compartir la vida. Por eso, la comida y la bebida son consideradas realidades “sacramentales”; la comida y la bebida en común unen a los participantes, manifiestan y celebran la unión anterior.

La comida expresa y forma una familia-comunidad-pueblo. El hecho de sentarse a la misma mesa o de compartir el mismo pan, es vivido en casi todas las culturas como un gesto de alianza y participación amistosa, incluso amorosa. La Eucaristía tiene un sentido fundamental claro: es el símbolo que consagra el compromiso de compartir la misma vida que tuvo Jesús y la misma vida que llevan los participantes de ésta, con especial referencia a los más pobres y desgraciados de este mundo.

**¿Cuál es el sentido que doy a la comida
con Jesús y el hermano?**

c. *La experiencia de la primera comunidad*

Hechos de los Apóstoles 2,42-47, resume la vida comunitaria de la Iglesia primitiva de Jerusalén. Todo el capítulo dos se orienta a ese relato (vv. 42-47). La venida del Espíritu Santo sobre la Iglesia la configura como una comunidad eucarística, que no sólo comparte en la celebración litúrgica, sino todos los actos de la vida.

“A diario frecuentaban el templo en grupo; partían el pan en las casas y comían juntos alabando a Dios” (Hch 2,46-47). Este texto distingue el espacio sagrado (el templo) del espacio profano (la casa). Lo significativo de la celebración específicamente cristiana de la Eucaristía no está vinculada al espacio sagrado y sus rituales, sino al espacio cotidiano y profano que representa la casa. La celebración

eucarística no es un precepto-ritual “religioso”, sino un símbolo comunitario de la vida cotidiana.

Lucas nos muestra la fuerza y las consecuencias de la Eucaristía en la vida cotidiana: “los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común” (Hch 2,44); “En el grupo de los creyentes todos pensaban y sentían lo mismo, lo poseían todo en común nadie consideraba suyo nada de lo que tenía” (Hch 4,32). Los creyentes llegaron hasta las últimas consecuencias de lo que representaba el símbolo de la comida compartida: la experiencia de comunión que los llevó a poner en común lo que cada uno poseía. La Eucaristía simboliza esencialmente la vida compartida de modo solidario.



d. Formamos un solo cuerpo

En 1Corintios 10,16-17 Pablo afirma que al ser uno sólo el pan y la copa que compartimos, así mismo somos un solo cuerpo en la comunión eclesial. No fue ésta la única ocasión en la que Pablo usó la metáfora del cuerpo. Pero en este caso no se refería a una relación o unión piadosa, personal e individual entre el creyente y Cristo, sino a la relación entre los miembros de la comunidad.

En medio de las rivalidades, divisiones y falta de solidaridad entre los cristianos de Corinto, Pablo enseña que los creyentes deben adoptar en la comunidad el mismo comportamiento que los miembros en el cuerpo humano: todos distintos, cada uno ocupando su propio puesto, cada uno con su función propia, pero todos al servicio de todos.

La comunidad cristiana se construye y se realiza como el Cuerpo de Cristo, precisamente, en la Eucaristía, que consiste en la celebración y en la práctica del amor mutuo, del servicio y de la disponibilidad para atender a los demás. Por otro lado, Pablo contraponen la celebración eucarística a los ritos paganos, y nos dice que mientras los rituales paganos unían a las personas con las fuerzas del mal, en la celebración eucarística se unían los creyentes entre sí y con Cristo, formando un solo cuerpo, caracterizado por la práctica solidaria del mandamiento del amor.

**¿Tu familia, grupo o iglesia local
podría llamarse propiamente Cuerpo de Cristo?**

2. Estudio bíblico: 1Corintios 11,17-34

Pablo, al dirigirse a la comunidad de Corinto, la invita a volver a la opción de Cristo: dar la vida, llegar hasta el sacrificio por las personas pobres y necesitadas. Insiste en que se retomen las relaciones de hermandad, respeto e igualdad propias del cristiano.

a. *El problema de las comidas de los corintios*

Pablo empieza haciendo un reclamo a la comunidad de Corinto: sus obras no son dignas de alabanzas (“no los puedo alabar”: 1Cor 11,17-22). El problema de esta comunidad es el desprecio que mostraba a los pobres durante la Cena del Señor.

La Cena la celebraban en las casas, generalmente en una sala que servía como comedor. Las personas pudientes llegaban primero, se ubicaban en el comedor y comían lo mejor, mientras que los hermanos más pobres, que debían trabajar por un salario, llegaban más tarde y tenían que quedarse en el patio y comer sólo aquello que había sobrado.

A Pablo le han comentado sobre esta triste situación (“los de Cloe”: 1Cor 11,18) de marginación de los esclavos o de los libertos en las comidas. En la celebración, mientras unos pasan hambre, otros están satisfechos y ebrios. Eso era un escándalo. Esta situación injusta hacía que la Cena ya no sea santa, porque al despreciar a los pobres se despreciaba a Jesucristo y no se manifestaba el amor a su persona y a su sacrificio.

La comunidad cristiana, al integrar a muchas personas pobres, debía dignificarlas, devolverles el honor y la dignidad. Por eso, depreciarlas era quitarles su honor, es como decirles “ustedes son nada”. Por eso, el culto de los corintios estaba más mal que bien, ya que ni siquiera se dan cuenta de su pecado, y al no darse cuenta de ello no hacían nada por cambiar la situación.

Para Pablo, el culto tiene que ver con las relaciones igualitarias y justas entre

los hermanos. Por eso, su denuncia es parecida a la que hacían los profetas que criticaban el culto vacío y lleno de injusticias (cf. Is 1,14-17). En la comunidad de Corinto se cometían atropellos y se repetía el mismo esquema de la sociedad romana. Por eso, la cena eucarística había dejado de ser una propuesta alternativa, puesto que ya que no construía la igualdad. Eso era un insulto a la iglesia de Dios. ¡La cena ya no era válida!, porque repetía el esquema de una sociedad pecaminosa, con intereses egoístas que promovían el disfrute de unos pocos y el perjuicio a la mayoría. Frente a esto, Pablo veía necesario recordarles el origen de la Cena del Señor.



¿Cómo es mi relación con mis hermanos y hermanas de la Iglesia?

b. *El recordatorio de la Cena (11,23-26)*

A continuación, Pablo quiere transmitir algo que él mismo había recibido “del Señor”. Pablo se refiere a la tradición transmitida por los apóstoles, que parte de la misma práctica de Jesús y del acontecimiento vivido en la última cena. Pablo recuerda esto para mostrar su autoridad para mantener y exigir la comunión en la fe y en la tradición con la Iglesia entera.

Con esta autoridad y, por lo tanto, con ese compromiso, Pablo denuncia que los cristianos corintios están olvidando la memoria de Jesús, el objetivo de su vida y la opción por enseñar y servir. El pan y el vino eran símbolos de entrega y compromiso. En la cena pascual judía, el padre de familia bendecía el pan y luego lo distribuía. Así celebraban y actualizaban la acción liberadora de Dios que los convirtió en pueblo de Dios: el Éxodo y la Alianza. Jesús realiza una nueva alianza salvífica, sólo que esta vez en su cuerpo “que será partido”, sacrificado, asesinado, por fidelidad y amor.

Hacer memoria de Jesús es actualizar en esa celebración (y en la vida diaria) el amor de Jesús, que sufrió en su “carne y en su sangre” el dolor de la injusticia. El sacrificio de Jesús no fue un espejismo, sino la realidad dolorosa, y al mismo tiempo esperanzadora de un hombre que dio su cuerpo y su sangre por amor a su pueblo.

Por eso, Pablo invita a los hermanos corintios a realizar acciones solidarias en memoria de Jesús. Sólo así será la comunidad de la Nueva Alianza.



¿Nuestras celebraciones son memorial de la Cena del Señor?

c. *“Respetar el cuerpo o sufrir el juicio” (1Cor 11,27-32)*

Pablo invita a los corintios a “no participar de manera indigna” de la Cena del Señor, es decir, deben aprender a “discernir el cuerpo”. Esto significa que, si no entendemos la comunidad como el Cuerpo de Cristo y no reconocemos que hay un solo Cuerpo, no seremos el nuevo pueblo, no estaríamos viviendo la Nueva Alian-

za. Sólo reconociendo que la cena eucarística es comunitaria, comida compartida, podremos vivir como comunidad de hermanos que comparten la fe y los bienes materiales.

Quien no es sensible al dolor y a las necesidades de los hermanos más pobres, quien desprecia a los demás, una vez más, estaría participando en el asesinato del Señor: “será culpado del cuerpo y la sangre del señor”, “come y bebe su propio castigo”. Por eso, esta es la cena de los que se comprometen con la justicia y se esfuerzan por volver a la solidaridad, la comunión y participación de la gracia del Señor.

**¿Qué significa para mí comer y beber
mi salvación o condena?**

3. Aplicación pastoral

En la Eucaristía, la comida es Jesús mismo. Por eso en ella los creyentes se comprometen a compartir la misma vida que llevó Jesús, y a compartir esta vida entre ellos, con amor y solidaridad. Nuestras comidas eucarísticas tienen que ser una mesa donde no se excluye a nadie, donde todos pueden compartir con todos, donde haya un lugar para los pequeños, sencillos y marginados.

La Eucaristía es la experiencia de comunión con Cristo que se expresa en el sacramento, que nos compromete y nos fortalece en el amor. Donde no hay amor y vida compartida no hay Eucaristía.

Curso Superior Online



Curso de Iniciación Online

Una ventana entre
la vida y la Biblia



Taller Bíblico de Iniciación 1

Métodos de
Lectura Bíblica



Taller Bíblico de Iniciación 2

Hechos y Personajes
del Antiguo Testamento



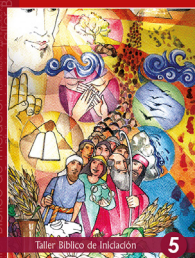
Taller Bíblico de Iniciación 3

Génesis I-II:
Raíces de la fortaleza
y debilidad humana



Taller Bíblico de Iniciación 4

El Éxodo: una montaña
en medio de una llanura



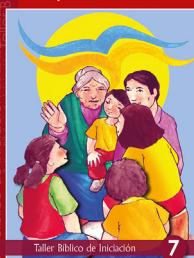
Taller Bíblico de Iniciación 5

Los Profetas:
hombres de Dios
y del Pueblo



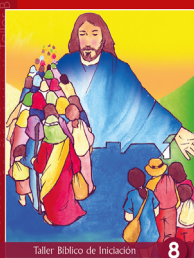
Taller Bíblico de Iniciación 6

Dios, amante de la vida.
Sabiduría y poesía del
pueblo de Israel



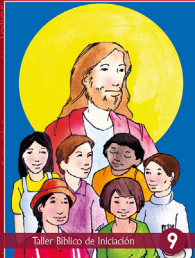
Taller Bíblico de Iniciación 7

Jesús: su tierra, su pueblo,
su vida y su proyecto



Taller Bíblico de Iniciación 8

Los Evangelios.
Testimonio plural
sobre Jesucristo



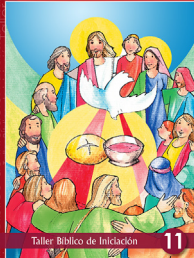
Taller Bíblico de Iniciación 9

Hechos y personajes
del Nuevo Testamento



Taller Bíblico de Iniciación 10

Caminar al ritmo de las
primeras comunidades
(Hechos)



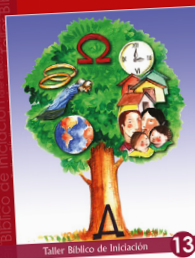
Taller Bíblico de Iniciación 11

Pablo:
su vida y comunidades



Taller Bíblico de Iniciación 12

El Apocalipsis:
la fuerza de los símbolos



Taller Bíblico de Iniciación 13



Centro Bíblico
Verbo Divino



Calle Padre Damián N30-71 y Obispo Díaz de la Madrid
(Sector La Primavera), Quito - Ecuador
Telf.: (02) 320 2406 / 095 982 2 714 / 095 982 2943
E-mail: ventas@centrobiblicoquito.org
[cursos@centrobiblicoquito.org](mailto: cursos@centrobiblicoquito.org)